

Año XXXII.

Madrid, Jueves 2 de Mayo de 1912.

Núm. 18.

Actitud explicada

Recibo á menudo invitaciones para asistir á mítins. La última fué el domingo, y de Zaragoza.

Escuso encarecer lo mucho que agradezco esas atenciones, y lo que siento no corresponder á ellas. Más aparte de la razón principalísima, (trabajar diariamente doce ó catorce horas en la redacción, la administración y la imprenta) hay esta, que no he dicho hasta ahora:

Que formé hace tiempo el propósito de no concurrir á ningún mitin, reunión, conferencia ó manifestación de republicanos, que no fuese para este exclusivo objeto: *disolver las fracciones y formar el partido*.

Todo lo que esto no sea, aun cuando parezca patriótico y revolucionario, es perder el tiempo; dar fuerza á una fracción quitándosela á otra; enaltecer á un individuo deprimiendo á los demás; crear supremacías de ocasión, para arrinconar méritos permanentes.

Si un día el buen sentido se nos impusiera á todos, y se anunciase un mitin con aquel objeto, no necesitaría yo que nadie me invitara: acudiría de los primeros.

Pero mientras esto no ocurra, no asistiré á ninguno. Tengo demasiado orgullo para servir de comparsa á vanidosos; mucho amor á la revolución para *poterla en caricatura*; muchos deseos de que venga la República para cubrirla previamente de ridículo con amenazas que no cuajan, anuncio de sucesos inmediatos que nunca llegan, y lamentaciones impropias de pechos varoniles.

Y me respeto mucho además, para infundir esperanzas que no abrigaré mientras estemos desunidos; y quiero mucho al Pueblo, para ofrecerle lo que sé que no puedo darle, ó para utilizarlo como pedestal para encumbramientos que nunca desé.

Y, por último, tengo ya muchos años para andar un día y otro día balbuceando promesas que no han de cumplirse, y demasiada experiencia para entusiasmarme con desplantes fieros y actitudes trágicas.

Entremos en un periodo de seriedad revolucionaria, abandonando para siempre este ya tan largo de oposición risible; hablemos al oído en vez de gritar en la plaza pública; exijamos sacrificios, comenzando por hacerlos, y no enalcemos las blusas vestidos de clorw.

Y estemos seguros de que el día que hagamos esto, el país, que está cansado de tiranuelos, de desparradores y de

ladrones, se pondrá resueltamente á nuestro lado, y el triunfo de la República será coser y cantar; pero que no lo hará mientras nos vea divididos, formando fraccionistas para andar por casa, vociferando en los mítins, traicionándonos en las elecciones, cantando las exequias de la monarquía cada vez que sacamos cien concejales, torando contra el capitalismo desde un automóvil y llorando la miseria de las clases trabajadoras en *El Ideal Rum*.

Si queremos que el país nos crea, nos ayude, ó nos deje hacer, empecemos por poner en armonía lo que practicamos con lo que predicamos; bien entendido que, sin triunfar antes de nosotros mismos, no conseguiremos jamás ver triunfante la República.

JOSÉ NAKENS

Humorismo político

Los de ayer y los de hoy

Por haber dicho hace dos números que los jefes republicanos de ayer valían más que los de hoy, me preguntó un querido correligionario que por qué entonces los combatía constantemente.

Lo de constantemente no es cierto; con intermitencias, sí. Para todos tuve censuras, pero también apausos. Como no los combatía por ser quien eran, si no por la conducta política que seguían, en cuanto hacían algo plausible, los elogiaba sinceramente.

Y explicado esto, vamos á lo otro.

Al decir yo que valían más los de ayer, me refería á su austeridad, á su talento, á sus condiciones personales; á la confianza mayor que inspiraban al país, á la autoridad indiscutible que sobre los republicanos tenían.

A los demás no podía refirme, pues si éstos no traen la República, tampoco la trajeron aquellos.

Traiganla los de ahora, y se colocarán sobre los de antes en este punto concreto, que es el que todos los republicanos perseguimos.

Supongamos...

Supongamos que España nos dijese ahora á los republicanos:

«Todo lo que me decís es cierto:

«Que los monárquicos me deshon-

ran, me desagravan y me saquean, cual si fuera para ellos nación conquistada.

«Que han borrado toda noción de derecho, vulnerado toda ley y escarnecido toda justicia.

«Que me avergüenzan hoy ante el mundo, preparándose así para mañana sonreírse eternos en la Historia.

Sí, todo eso lo sé. Lo que ignoro es lo que vosotros pensáis, y más aún lo que os proponéis hacer.

«Oigo los maravillosos discursos de vuestros diputados y quedo encantada.

«Leo los vibrantes artículos de vuestros periodistas y quedo convencida.

«Asisto á vuestros mítins de protesta, y salgo admirada de vuestro arrojo y valentía.

«Estudio vuestros programas, y los encuentro salvadores y prácticos.

«En fin, que todo cuanto decís me parece admirable.

«Amen de esto, admito vuestras reformas más atrevidas, y no me asusto de vuestros radicalismos más acentuados.

«Concretando: que estoy dispuesta á aceptar la República con todas sus naturales y lógicas consecuencias.

«Sólo quisiera saber,

para calmar mis desvelos, cómo y cuándo vais á traerla estando divididos y tirándoos al degüello, y qué garantías me ofrecéis de que después no continuaréis lo mismo.»

No sé lo que los demás contestarían si España les hablara así.

Por mi parte confieso humildemente que no daría con la respuesta.

Ni me atrevería á ofrecerle garantía de ninguna clase, si me exigiese que las fundara en el desinterés y la abnegación.

Los ejemplos que nos dan á diario los que se hallan al frente de las fracciones me lo impidían.

El fraccionamiento

El republicanismo se compone de varias fracciones, bautizada cada una con el pomposo nombre de partido.

Cada día hay más republicanos en España, distribuidos entre más fracciones.

¿De dónde salen, pues, los que surgen cada vez que se anuncia la formación de una fracción nueva? De las demás; esto es indiscutible.

Luego cada fracción nueva disminuye la fuerza de las antiguas. Esto también es innegable.

Y dicho esto, creo que podemos llegar á esta conclusión:

Ninguna fracción nueva añade un átomo de fuerza al republicanismo. Y siendo así ¿por qué y para qué se forman?

Porque...
Mas esto merece articulo aparte.

El por qué

Se forman, dicen, para traer la República, cual si este ofrecimiento no lo hubieran hecho las demás.

O para marcar orientaciones nuevas, estando marcadas todas hace ya tiempo.

He pensado mucho sobre esto, y después de profundas meditaciones, he venido á sacar en claro que no sé á punto fijo para qué se forman, si bien sospecho que será para algo relacionado con lo que voy á apuntar.

Cada fracción tiene sus comités, sus casinos, sus presidentes de esto, sus secretarios de aquello, sus vocales, sus concejales, sus diputados provinciales, sus diputados á Cortes, sus allegados á la cabeza visible, ó sea el jefe...

Esos cargos diferentes, con ser tantos, no bastan á satisfacer los anhelos patrióticos de todos los que dentro de cada fracción aspiran á sacrificarse por la República.

Se anuncia una fracción nueva, y acuciados por la obsesionadora idea del sacrificio, abandonan muchos aquella en que se encuentran, y...

La ocasión

Convengamos en que es tentadora.
Banquetes en incubación...
Comités en feo viable...
Presidencias al caer...
Concejallas en perspectiva...
Diputaciones á Cortes en lontananza...

Discursos elocuentísimos embotellados próximos al descorchamiento...

Músicas en ensayo para difundir por el espacio bélicos sonidos que tardan en los corazones...

Flores aspirando impacientes al honor de ser cortadas para alfombrar las calles al paso de los redentores novisimos...

¿Cómo resistirse á entrar en una fracción que ofrece ocasión tan propicia á los abnegados servidores del ideal para realizar sus deseos? Si en la que dejan no pudieron hacer nada por hallarse ocupados los cargos todos, ya demostrarán en ésta que no reparan en sacrificios cuando de salvar la patria se trata.

No me atrevo á asegurar que la sospecha que acabo de apuntar sea cierta; pero sí creo que, de continuar este trasiego de republicanos de una fracción á otra, habrá que preguntarnos mutuamente cuando nos encontremos: «¿Con quién está usted ahora?», bien así como las criadas de servir se preguntan al verse cada quince días en la Fuente de la Teja: «¿Sigues en la misma casa?»

Partido disuelto

¿Pero qué hago yo aquí ya?, me preguntaba á menudo en esos momentos de duda ó desanimación que acometen todo hombre que ha trabajado cons-

tantemente en una obra cualquiera y advierte la inutilidad de su esfuerzo.

Y pensaba en retirarme á un rincón ignorado, donde ni yo mismo supiese quién era, á guardar el momento del finiquito final.

Lo pensaba, y, sin embargo, no me decidía á hacerlo. Una voz secreta parecía decirme al oído: «No seas impaciente: aguarda un poco más». ¿Quién sabe si serás tú el llamado á resolver el problema del republicanismo, fundando un partido nuevo que siga rumbo distinto que los actuales y al que se agrupen todos los republicanos?»

Y lo he formado, y...

¡Ay del que pone su esperanza en las cosas terrenas, y en las republicanas! Únicamente tres ciudadanos han adquirido el pañuelo de que hablé.

Dícese que Mahoma, cuanto tuvo tres hombres que creyeron en él, fundó una religión.

Tendría más talento que yo, ó más fortuna, ó tres hombres de aquellos tiempos valdrían por trescientos de los de ahora.

Por lo tanto...

Disuélvo este partido que no responde á los fines que me propuse al crearlo, esperando que este alto ejemplo de abnegación que doy, será imitado por aquellos que están al frente de partidos tan inútiles como el mío para la realización de lo que deseamos todos: traer la República.

No me da la gana

«Usted debería comenzar á escribir en *chusca*, como por aquí decimos, (me apunta un amigo de Sevilla), una «Historia general del aburrimiento del republicanismo español», harto ya de manifestaciones, reuniones, discusiones y organizaciones, disoluciones, adaptaciones, modificaciones, etc. y ansioso de resoluciones y acciones.»

—Sí, ya comprendo: una Historia que demostrase que los santones y mandones del republicanismo, carecen del consonante que vigo. iza y avalora todas esas palabras terminadas en *ones* que usted ha acumulado en el parrillito; ¿no es esto? Pues, amigo mío; no me da la gana hacerlo. El Pueblo republicano no está aburrido de esas cosas, como usted supone; más bien creo que le encantan. Si el único que puede acabar con ellas es él, y no lo hace como voy á creer yo que está aburrido?

Pelota devuelta

El Correo del Norte (antes *El Correo de Guipúzcoa*), periódico carca, en el que escriben tres ó cuatro curas y colabran muchos, ha escrito con motivo de los sucesos de Eibar:

«Y para terminar, podemos hacer un resumen de todo lo que conviene tener en cuenta en todos nuestros actos públicos.

a) Que llevemos todos insignias, pa-

ra conocernos y no confundirnos los amigos con los que no lo son.

b) Que vayamos siempre en grupo y no hagamos nunca la primada de ir solos, pues al ver un grupo, «los valientes» lo dejan pasar tranquilamente en la mayoría de los casos, y guardan sus «valentías» para cuando entre 20 ó 30 cazan á uno que va solo. (Para pruebas, Eibar)

c) Que leamos lo que en el número del martes pasado dice «El Correo Español» y que, copiando lo que por ser más importante no debemos olvidar, es lo siguiente:

«El palo en la mano y el revólver al cinto, y caiga el que caiga; y en otro lugar del mismo número: «Al insulto se contesta con un garrotazo, y las agresiones como San Feliú, Eibar y Sabadell se rechazan á tiros.»

Una buena Browning, la conciencia tranquila y el dedo bien suelto.»

No incurriré en la candidez de advertirle á ese carcatólico que nada de eso que dice está sacado del Evangelio, no vaya á suponer que yo no sé que ellos se pasan por donde les parece las máximas de Cristo.

Pero me reservo el llamar fantoches, cobardes y sinvergüenzas á todos los periodistas carcas que no vayan en primera línea, el día que los suyos provoquen de nuevo á los republicanos, para acabar volviéndoles valerosamente las espaldas. (Para pruebas, Eibar.)

Recuerdos de hace medio siglo

¿Estamos en estado de conquistar esta tierra? ¿Necesitamos para nada estos valles y estos montes? ¿No los tenemos en España incultos por falta de brazos? ¿Y cuánta gente no se necesitaría para guardar estos valles y estos montes de la ferocidad africana? Y Tetuán, ¿qué vale, qué significa en su presente y en su porvenir? Nada más que un villorrio, sucio é indecente ahora, y después, y luego.

Por todo lo que, bien venida sea la paz. Salvando el honor, Tetuán y sus vegas no valen el sacrificio del último de nuestros soldados.

JULIAN PRIM, en 1860.

El que vota, manda

El mal que usted me apunta en su carta, amigo de Tabernes de Valldigna, abunda desgraciadamente entre los republicanos de muchas poblaciones.

Unos cuantos individuos se apoderan de los cargos directivos del Comité ó del Casino, no hacen nada de provecho, y, sin embargo, bullen y mangonean perpetuamente.

Pero no tienen ellos la culpa, sino quien los secunda, los apoya y los reelige. Si los quinientos socios de ese Centro no lo toleraran ¿cómo habían de dominar esos catorce ó dieciseis de la camarilla que usted dice? ¿Esos que vociferan contra los curas y esta-

blecen escuelas laicas, sin perjuicio de casarse por la Iglesia, bautizar sus hijos y enterrarlos canónicamente, confesar y comulgar y consentir que sus familias sean como obligado en las fiestas religiosas?

Tengan los que eligen conciencia de su fuerza, utilicenla cuando deben, y no podrán en ninguna ocasión imponerse los elegidos.

La protección del Diablo

Querido D. José: con la firma J. L.—iniciales que corresponden a un nieto de Marx,—leo en *L' Humanité* lo siguiente:

«Uno de los principales predicadores de Brooklyn, el P. Bedford, ha mostrado recientemente hasta qué punto el espíritu evangélico inspira la acción de la Iglesia católica y romana en todos los países. He aquí la última gentileza del susodicho jesuita:

«Un socialista—escribe la revista *The Mentor*—es más peligroso que el cólera ó que la peste. Es un perro rabioso al que hoy que hacer callar á tiros «si es preciso».

«A este ataque de hidrofobia clerical, la Sección Socialista de Brooklyn ha respondido votando un orden del día en que se declara que si en el curso de la próxima campaña presidencial, algún socialista muere asesinado, el miserable jesuita será responsable de ello.

«A esto ha contestado el P. Bedford con una carta que quiere ser insolente, en la que dice que los socialistas pueden estar tranquilos, porque «el diablo los protegerá».

Aparte lo grato del abrupto del *paper*, aparte que este ministro de Dios pone en el terreno de la realidad aquella leyenda de un clero yanqui tolerante, pacífico, transigente, humano y hasta reformador, ¿no le parece á usted que el tal Bedford dió en el *quid* de que los rayos que destruyen iglesias, el fuego que aniquila moradas santificadas, las plagas que caen sobre los feroces católicos pasen de largo por la redacción de *El Motín*?

¡El diablo la protege!, y un clérigo y los hechos dicen que esta protección es más eficaz que... la otra.

Que ocurra muchos años tal protección y que lleguen los beneficios de ella á su amigo,

J. J. MORATO

Querido Morato: La blasfemia del Padre Bedford me ha aterrado; ¡já mi!, que he sido condenado hace poco por blasfemo en el juzgado del Hospicio!

Asegurar que los protegidos por el diablo pueden impunemente ofender á Dios, es de lo más horrible que he oído en mi vida, y confunde y trastorna todas las ideas que mi cerebro archiva referentes á Dios y al diablo.

Y no es que yo dude, ¡nunca! de que el diablo proteja á los suyos, ¡no!, sería pagar con una ingratitud los muchos beneficios que le debo. Lo que dudo, mejor dicho, lo que niego, es que su protección alcance tales proporciones.

Como tampoco creo, aunque en broma haya dicho alguna vez lo contrario, que el diablo sea el que aparte de la redacción de *El Motín* los rayos que hacen cisco las iglesias y el fuego que las convierte en cenizas. Esos incidentes, como todo lo que en el mundo ocurre, provienen directamente de Dios. Y la prueba es que los católicos, siempre que sufren alguna calamidad, á Dios la atribuyen, añadiendo que se las manda para probar su fe; por esto suelen excusar entre contritos y resignados: ¡Cuánto se acuerda Dios de mí!

Y aquí surge una cuestión: «O es falsa esa creencia de los católicos, ó Dios no se acuerda de mí para nada.» En el primer caso, habría que convenir en que las calamidades que les envía son castigos, que yo no debo merecer, cuando no me los aplica. Y en el segundo, que le tiene sin cuidado el que yo me salve ó no, cosa que no puedo creer, dada su bondad. Y en esto me fundo para suponer algunas veces que me tiene tanto tiempo en la Tierra para secundar, dentro de mi pequeñez é insignificancia, los altos fines de su inmutable justicia.

Pero me voy metiendo en honduras que no están á mi alcance, pues soy tan ignorante en estas cuestiones como el obispo más sabio, y voy á bordearlas diciendo:

Si las calamidades supradichas son enviadas por Dios como castigo, y á mí no llegan, soy mejor que todos los católicos.

Y si se las envía á ellos para probar su fe, es muy justo que á mí no lleguen, por que no tengo absolutamente ninguna.

Y basta de matemáticas.

San Ignacio quemado en vida por hereje contumaz fugitivo

(Conclusión.)

UN CASO DE CONCIENCIA

Hemos demostrado en el artículo anterior que los jesuitas, á trueque de destruir al López de Recalde, jefe de la Compañía iniguista de Alcalá, se ciegan de espanto ó de rabia, y rasgan documentos, los falsifican á vista del público, ridiculizan el Boletín de la Academia, y si es preciso, volarán los archivos nacionales.

¿A qué viene tal furor y tal desesperación?

No se emperren los jesuitas: ahí está sentado en la presidencia de su Compañía el Sr. López de Recalde, así se ahorquen todos los Generales de la Orden. Nosotros nos hacemos paladines de este personaje, y decimos que tiene mejor ganado el generalato él, que ningún Loyola nacido ó por nacer.

¡Salve, intrépido Recalde; salve!

Lujanes, Mendozas y Zúñigas, que ostentáis este apellido: defended este

derecho de vuestro linaje. No dejéis que los gatos de Huesca se os coman este niño resucitado. Si es honroso para una estirpe tener en uno de sus medallones al capitán de la Compañía de Alcalá, reclamad ese honor y aun sus dineros; y si no es honroso tener tal sujeto en el árbol genealógico, procesadle por usurpación de apellido. Por el huevo y por el fuero procede así.

LOYOLAS Y RECALDES

Mas es el caso que, por derecho natural y hereditario, Ignacio es Recalde «dende arriba», «dende abajo» y por los cuatro costados. Tiene tanto de Recalde como de López, y más que de Ignacio, según vamos á ver.

Un tío presunto de Inigo, declarado tal por los jesuitas, Juan García de Licona, casado con María Ortiz de Camboa, tuvo de hijo á Hernando de Balda, casado con María de Guevara (primos carnales supuestos de Ignacio) y su hijo Juan de Balda, casó con María de Recalde, hija de Francisco López de Recalde y hermana de Lope Ibáñez de Recalde. Al casarse este primo segundo supuesto de Ignacio, pudo llamarse muy bien, de su mujer, Juan López de Recalde, y sus hijos (primos terceros supuestos de Ignacio) son todos López de Recalde; los Inigos, los Juanes y los Diegos. Esto por la parte de arriba.

Por la parte de abajo, un supuesto sobrino carnal de Ignacio, llamado Beltrán en el árbol jesuita genealógico, hijo de Martín García y de Magdalena Azaos, casó con otra Juana de Recalde. Este sobrino debía ser mayorcito en tiempo de Ignacio y aun podía ser mayor que él por ser Ignacio el menor de trece hermanos, debiendo mediar entre él y el Martín una treintena de años.

Estos López de Recalde vienen por el lado de abajo.

Y de por medio pillamos este Recalde traducido en Recarte en el testamento del dicho Martín (1538), que dice haber comprado la casa de Recarte, y de este testamento otorgado ante el notario García de Loyola, aparecen como testigos un Andrés de Loyola que es dudoso de la familia (1), y un Domingo de Recarte ó sea Recalde. Ahí tenemos en contraste inmediato los apellidos Loyola y Recalde como totalmente distintos y separados, llamándose Loyolas los que no son de la supuesta familia de Ignacio, en donde caben perfectamente los Recalde, y no llamándose ni el propio jefe de la familia (2).

El conflicto, es, pues, gravísimo: amenaza la propia legitimidad de Ignacio de Loyola, que ni nació Loyola, ni nació Ignacio; y si nació Inigo, tan arbitrario fué el Ignacio como el Juan, y el Loyola como el Recalde. Resultando en resumen, que aquí, en Alcalá, ó

(1) Quizás aluda á este una carta de San Ignacio (tomo I, pag. 14) que dice: «D. Andrés de Loyola me escribió una letra.» De esta frase no se deduce que fuese ni que dejara de ser pariente.

(2) Testamento de Martín García.

fué quemado el pariente de Ignacio, jefe de la cuadrilla, *matado* y escamoleado por los jesuitas; o queda probado que en las informaciones, Ignacio es llamado *Inigo*, y en la notificación de la sentencia se declara *Juan López*, usando ambos nombres en casa de Eguía, donde come con Bivar: diciéndose unas veces *Juan López de Cerain* y otras *Juan López de Recalde*, como en Pamplona se llamó *Inigo López de Apeitia* y en París se llamó simultáneamente *Inigo* para los de España, é *Ignacio* para los franceses; nunca con su verdadero nombre y apellido genealógicos de *Inigo Yañez Saez*.

CONTRA EL «JUAN LÓPEZ», ALIAS «INIGO LÓPEZ»

No era ya de extrañar que con este birlamiento de nombres y apellidos, utilizados por Ignacio con la habilidad de un Frégoli carcelario; con su otra habilidad de cambio de trajes, clérigo en Alcalá, pítimetre en Azpeitia, soldado en Pamplona, fraile en Montserrat, peregrino en sus escapatorias, estudiante en Alcalá, Salamanca y París; con la otra versatilidad de su lenguaje y variedad de acentos, vizcaíno, andaluz, castellano y catalán; con su agilidad de pluma, pues aseguran fué un lindo pendolista; con tales prendas y con las experiencias de cuarteles, conventos, hospitales, cárceles y sacristías, no es de extrañar que haya tenido habilidad para despistar la crítica y de ar en España una historia de cuarenta años sepultada en el misterio.

Muchos críticos han pasado largas horas sobre los expedientes procesales de Juan de Verga, de Francisca Hernández y de Pedro Ruiz de Alcaráz, sobre todo. Allí han encontrado un personaje misterioso, alma de las intrigas, correador de los varios núcleos de alumbrados, emisario, correo y espía andariego é infatigable que aparece en todas partes y se evapora: este es llamado *Juan López*.

Nadie llegó á sospechar que este personaje pudiera tener más historia que la que allí posee; nadie se preguntó: ¿quién es este duende?

Vamos á pesquisar e nosotros.

LA IDENTIFICACIÓN DEL INIGO, DEL IGNACIO Y DEL JUAN

El dilema que vamos á presentar á los jesuitas no deja escape: ó presentan el Ignacio de 1520 á 1530 en todos y cada uno de sus pasos hasta su llegada á París, que prueben nuestro error, ó desde luego toma cuerpo de verdad demostrada documentalmente que el Ignacio de Loyola en Roma, es el que en París usa simultáneamente los dos nombres de *Ignacio* é *Inigo* y queda perfectamente identificado el personaje: entra en París *Inigo* y sale *Ignacio*.

En este proceso de Alcalá consta que allí se hace llamar *Inigo*, y como tal es enjuiciado el 19 de Noviembre de 1526, hasta el 1.º de Junio de 1527, en que se descubre no ser tal *Inigo López*, sino *Juan López*, y esto queda comprobado

por las informaciones seguidas contra *Inigo*, y concluidas contra el *Juan* en la notificación de sentencia.

Quedan, pues, identificados el *Juan* *Inigo* *Ignacio*.

IDENTIFICACIÓN DEL LOYOLA CON EL RECALDE

Tan arbitraria fué la adopción del sobrenombre *Loyola* hecha en París, como lo era la de *Recalde* en Alcalá. Ambos apellidos son de la tierra y del linaje del Ignacio, y ambos son utilizados para enterrar y disfrazar al verdadero sujeto.

Sin embargo, consta por el testimonio unívoco de los jesuitas, que Ignacio estuvo en Alcalá alborotando las gentes y alarmando la ciudad con sus conventículos, estando hospedado en casa de sus grandes amigos los hermanos Eguía. Consta que era vizcaíno y que á varios de su familia, al salir de su tierra, se les llamaba así: «*el vizcaíno... ó la vizcaína*».

Consta por el proceso de Pamplona, que Ignacio era clérigo ya en 1515, alegando el carácter de tal para burlar la justicia del Corregidor.

Todas estas señas se refunden en la carta de Rodrigo de Bivar (ilustración n.º 1), que declara en tres sitios distintos que este Juan López es un *clérigo vizcaíno* que come en casa de Miguel de Eguía en compañía de su hermano Diego; y tan famoso, que su fama llega hasta Guadalajara, en donde el solo nombre de *Juan López el Vizcaíno*, despierta grandemente la curiosidad.

Ahora bien: siguiendo paso á paso al Miguel Eguía, le vemos desde esta época hasta 1530, constantemente en contacto con el clérigo *Juan López*, vizcaíno, sin apartarse un solo momento, arruinándose por él, dejando por él familia y casa, y organizando á sus órdenes la «*compañía*», todo lo cual se comprueba por el proceso de Miguel Eguía.

Y no siendo admisible que, en la notificación de la sentencia de Alcalá, al mencionar los interesados se dejase de mencionar al jefe de ellos; y no mencionándose más que tres individuos, Calisto, Cáceres y Recalde; no conviniendo á Ignacio ni el Cáceres, que sabemos ser Diego, ni el Calixto, que era el Sía, y ambos de Segovia: queda plenamente demostrado por este documento, que sólo á Ignacio se designa con el *Juan López de Recalde*. Y tanto por lo del Recalde (apellido de su familia) como por lo del López (usado por Ignacio en Pamplona) como por lo de Juan, atestiguado por estos documentos del tiempo, queda probado que Eguía recibe á Ignacio en su casa llamándole *Inigo López* y se escapa con él llamándole *Juan López*.

Y así como del proceso de Alcalá resulta que el Ignacio usa (el igual que en París) el *Inigo* para unos, y el *Juan* para otros, ves igualmente confirmado por otros procesos (notadamente el de Rodrigo de Vvar) que utiliza la misma

duplicidad, Juan acá, é *Inigo* allá, sin que nadie tenga noticias concretas de él ni de su procedencia. *Inigo* ó *Juan*, siempre López, como Loyola ó Recalde, siempre Ignacio.

IDENTIFICACIÓN DEL RECALDE CON EL CERAIN

O si se quiere, «*Celain*» que es el nombre de la época. La sentencia de Alcalá sirve para fijar que *Inigo* se llamaba *Juan López*; como tal, es afichado en la Inquisición desde este día 1.º de Junio de 1528.

En las historias jesuitas no he visto datos concretos y fijos de sus andanzas desde que sale de Alcalá y aparece en París. Pero en cambio han confesado, sobre confidencias del propio Ignacio en Roma, que fué á la Corte y que estuvo en Salamanca, donde intentó fijarse, y en Valladolid.

Pues bien: Miguel de Eguía, casado con Ignacio en Alcalá, desde aquí está constantemente y con cortos intervalos, pegado á Juan López, corriendo juntos, identificados en sus andanzas y proyectos; y este *Juan López* de Eguía, que es el Ignacio de Roma y el *Inigo* de Alcalá, según hemos visto, cae por fin en la Inquisición de Granada. Luego es transportado á la de Toledo y se abre proceso contra él llamándole en definitiva «*Juan López de Celain*», cuyo proceso, hurtado por los jesuitas, vamos á reconstruir á pesar de todos los pesares.

EL CAPOTE JESUITA

Ni un solo dato fijo demostrativo traen los jesuitas de la vida de Ignacio desde 1527 á 1530. ¡Ni uno! ¡Ni medio! Sólo hay un capote con que han intentado tapar los ojos de la crítica y que vamos á inutilizar, previniendo al lector sobre las grandes novedades y revelaciones que les esperan.

En las *Cartas de San Ignacio*, aparece una, la segunda, fechada en París el 3 de Mayo de 1528. El original de esta carta se conservó—dicen los jesuitas—en un colegio de Sassari (Cerdeña). Pero, los jesuitas no han visto el original: utilizaron una copia hecha por uno de ellos. Y si hemos visto que falsifican las actas notariales solemnes y los documentos que tenemos originales á la vista, ¿qué no harán con los invisibles, perdidos en lejanas tierras y copiados? No merece, pues, fe alguna este testimonio, sino *contra ellos*. Necesitan alegar mejores pruebas de que Ignacio estaba en París en tal año.

Desvanecido este obstáculo, asentemos la duda de que Ignacio saliera de España en tal fecha, puesta para despistarnos. No le lanzaremos nuestros galgos á París, sino en España, hasta convencernos de que no está en casa.

Exhiban el original de la carta, y veremos lo que dice y lo que le hacen decir.

No estoy seguro de ello, por no tener á mano las notas tomadas de los Archivos de París; pero, si no estoy trascor-

dado, me fué imposible encontrar rastro de él en los documentos de los colegios en estos años de 1528 y 1529. Solo en 1530 pareceme haber hallado su huella, y sólo en 1533 consta su grado de Maestro en Artes, el último de 32 discípulos.

De cuenta de los jesuitas corre el desmentirme con aquellos documentos.

La primera carta a su familia desde París, es del año 1532, tercera de su colección. Este silencio absoluto confirma plenamente nuestro juicio: Ignacio no salió de España hasta 1530; y no salió, sencillamente porque estaba preso, ahí, dentro del cuerpo de *Juan López de Celain*, mientras no se pruebe lo contrario.

LA IDENTIFICACIÓN EN LA INQUISICIÓN

En la Inquisición sucedió no pocas veces errar los golpes, como le ocurre a nuestra policía. En esta misma época los esbirros de Toledo la erraron, llevando presa a una *Catalina de Tapia*, acusada de hechicera, al igual que Ignacio. Una vez metida en la cárcel, los inquisidores se volvieron locos ante la acusada: no entendía nada de cuanto la hablaban, ni lugares, ni personas, ni hechos. Por fin se convencieron de que aquella no era su Catalina, y en el mismo Toledo hallaron tres Catalinas de Tapia.

Con el compadre, cofrade, colega, comensal, contutuio y comparsa de Ignacio, Juan del Castillo, la Inquisición pasó no menos apuros. Para algunos era italiano y se llamaba *Castelo*; para otros era catalán y se llamaba *Castells*; para otros se llamaba *Castillo*. Por fin, resultó ser *Juan de Lucena*, hermano de Gaspar y de Petronila.

En cuanto a Ignacio (*Juan López*) las dificultades no debieron ser menores. ¿Si será de Cerain ó de Azcoitia; si de Recalde ó de Arteaga; si será caballero ó clérigo; si hidalgo ó plebeyo...!

Los nombres de Juan López, Diego López, Miguel de Egüía y Juan del Castillo, van cayendo sobre los escritos de la Inquisición; las sospechas de contubernio se confirman, y por fin se lanza mandamiento de prisión contra ellos y contra sus cómplices.

¿Dónde están estos sujetos?

¡Todos volaron! La Inquisición de Toledo llega tarde: el crédito de sus esbirros queda comprometido, y el Fiscal grita: ¡aquí hay traidores... ese Francés... ese Inquisidor Francés!...

UN SUJETO SOSPECHOSO

Los jesuitas han perdido de vista a Ignacio entre Alcalá, Salamanca y Valladolid. Supongo que son ellos los primeros engañados por las confesiones de Ignacio: dicen que al salir de Alcalá (21 de Junio de 1527) Inigo se fué a Valladolid en busca de la Corte, a donde llegaría a primeros de Julio.

Antes de salir de la Alcarria, Inigo pudo tomar noticias del cariz que llevaban las cosas de la secta por medio

de su pariente Medrano, so tado en Calahorra el día 4 de Junio, tres días después que él salía de la cárcel de Alcalá. Miguel de Egüía, amigo de entrambos santos, no se daría punto de reposo: y seguramente se informaría a menudo de los Lucenas, parientes de Medrano y éste pariente de Ignacio. (Todo esto lo ignoran los necios jesuitas!)

Y de todo ello puede enterarse muy bien, un sujeto nuevo, del cual tampoco tuvo noticia Fita: D. Juan Ramírez, escribano de Soria, que sirve de actuuario en ciertas diligencias que va a hacer el corregidor Maldonado, deudo del Duque de Najera también, por cierta intriga promovida desde Salamanca por... ¿por quién dirán los jesuitas?... Pues... por uno de sus Padres fundadores: *Simón Rodríguez*! Pues bien: el escribano de Soria, Juan Ramírez, es pariente de Medrano por la derecha: y por la izquierda lo es de los Lucena.

Desaparece el Inigo camino de la Corte: y desde la Corte, ¿a dónde va Ignacio? ¿A Salamanca? ¿Hay que verlo! ¿A París?... ¡A probarlo!

Al sujeto que en Azpeitia dejó en la cárcel a un inocente expiando un delito por él cometido, cuando mozo: y que siendo ya hombre de bigote y perilla comete otro delito y se refugia debajo del capisayo episcopal para burlar la justicia, hay derecho a exigirle que justifique debidamente la inversión de su tiempo desde el 21 de Junio de 1527 hasta el 28 de Febrero de 1528.

¿Está en París? Es falso. ¡A probarlo!

Yo digo que este sujeto se parece como un huevo a otro a un sujeto que está cenando en Bailén el día 15 de Febrero de 1528 y salió de la Corte el 25 de Enero: cena en compañía de un mozo de diecisiete años, llamado *Juan Vizcaino* y de Rodrigo Durán: dícese paje del conde de Cabra; en e viaje ha andado de convento en convento; ha disputado con un canónigo de León, con el arcipreste de Arjona y con el prior del convento de Calatrava, habiendo siempre de Erasmo, y sobre todo de su *Enchiridion*.

¿No es bastante sospechoso de ser Ignacio este individuo?

Si así fuese, no le perdamos de vista: pues es cosa importante para los jesuitas. *Juan Vizcaino* llamóse el sobrino preilecto de Ignacio; Ignacio en esta época derretíase de amor por el *Enchiridion* de Erasmo. Uno de los papeles que se atribuía era el de «paje».

No le perdamos de vista; cena en Bailén el día 17 de Febrero de 1528 y está muy lejos de París; el día 28, en vez de estar en París, quizás esté en otra parte.

La Inquisición, este instituto tan simpático a los jesuitas, nos lo dirá luego.

—¿Que de dónde saco estas noticias? me preguntan.

—De Salamanca—respondo yo. Y no de Sassari, ni de papeles perdidos; sino de documentos originales que pasaron mil veces por manos de los idiotas jesuitas, cuyo ofato queda desacreditado con esto.

S. FAY ORDEIX

El artículo siguiente: *Resumen general y prueba de la quema de Ignacio en Alcalá*.

La lámina de hoy

Es una composición artística, magnífica en su género, que retrata un suplicio de la Inquisición antigua (antes del siglo XVI) cuando el oficio de inquisidor era monopolio de los frailes. Las figuras están tan bien dibujadas y son tan expresivas que no necesitan explicación.

CIVILIZADORES

Cervantes

Nació de familia que vivía en las estrecheces de una profesión liberal, y así no pudo agitar como Quevedo—por ejemplo—el saber de su tiempo, porque mezo aún tuvo que gararse lavada. En el estudio de la villa, que sostenía el Consejo de Madrid, cursó humanidades, esto es gramática, latín y retórica.

Fué criado de un cardenal en Roma, después soldado, y esta profesión le valió una herida que lo dejó manco y apresado de los moros argelinos.

Tornado a España, la argustia, el no tener, le acompañaron hasta el fin de sus días, conociendo todas las tristezas y amarguras de la vida, conociendo hasta las cárceles, mas nunca la tranquilidad y la abundancia, y pocas la alegría.

Quizá esto fué un bien. Ahito Cervantes de riqueza, acaso su genio se habría manifestado en obras reñadas exquisitas, artificiosas, trabajos de tiempo, de composición, de lima, no espontáneos, fuertes y reales.

Y recordemos que muchos años después Goethe escribía con razón: «Para lo natural apenas basta el Universo; para lo artificial sobra un mezquino espacio».

Cervantes fué hombre, un hombre que conoció la desdicha, el dolor, la opresión; por esto su genio incomparable mostróse en el *Quijote*, el libro humano por excelencia.

LAZARILLO

Cuestión de nombre

En Alagón se han celebrado dos inscripciones en el Registro Civil: la de una niña llamada Irene, hija de Cayetano Ferrer y de Irene Herrera, y la de un hijo de Manuel Boira y Julia Nozo, al que le han puesto por nombre mi apellido.

Pensando en aquello que dijo Espronceda.

«Porque el nombre es el hombre y es su primer fatalidad su nombre».

siento que haya sido inscripto de ese modo el niño ese, porque la palabra *Nakens* simbolizará durante algún tiempo para los clericales todo lo más abominable que existe bajo la capa del cielo.

Agradeciendo mucho la intención de los padres de ese niño por lo que atañe al afecto que les inspiró, me atrevo á suplicarles que, si hay un medio, y la ley lo autoriza, sustituyan ese nombre con cualquiera otro, y que lo hagan antes que la criatura pueda percatarse del sambenito que le han puesto.

Y acepto y acaparo con orgullo los insultos, las injurias y las maldiciones que mi apellido provoca, y hago lo posible para que vayan en aumento cada día; pero, la verdad, me duele pensar que un pobre niño pueda sufrir alguna contrariedad por que sus padres, con mejor intención que acierto, le hayan puesto ese nombre.

R: ¡Médienlo, si pueden, y cuenten con mi agradecimiento.

Bien; pero...

Los periódicos neos y los religiosos, no ya de España sino de otros países, hacen bien notar que los naufragos del *Titanic*, cuando iban en los botes, rezaban casi á coro pidiendo auxilio á la Providencia.

Unos 1.600 ahogados, helados y aplastados, certifican que...

Si el telégrafo sin hilos, á estas horas no se habría salvado ni una sola de las 2.340 personas que iban en el gran trasatlántico.

Es posible que los rezos, cánticos y llamamientos á la Divina Providencia tengan grande eficacia en estos trances; pero no estorbará que en lo futuro se obligue á estos barcos á llevar un número de botes de salvamento en proporción con la cifra de pasajeros.

Dilema ingenioso

Por la prensa diaria y la obrera sabe el lector que en Inglaterra se detuvo y condenó á unos compañeros que aconsejaron á las tropas que no disparasen contra los huelguistas.

En protesta contra esta condena se celebró un mitin en Londres, donde habló el ilustre literato *Bernardo Shaw*, muy ingeniosa y contundentemente, como se verá por el siguiente pasaje de su discurso:

«Resientemente el primer ministro declaró algo extraordinario. Cuando se discutía la ley del salario mínimo para los mineros dijo que era imposible que el Parlamento fijase en cifras este mínimo; por lo que no podía irse más allá de una declaración de principio. Lo grave de esta afirmación está en su novedad.

«En lo pasado el Parlamento no hizo sino fijar cifras de salarios mínimos: fijó éste para los jueces y para los diputados, y muy pronto le fijará para el rey, la lista civil. Cuando esto llegue, es de esperar que Mr. Asquith se levanta-

rá para decir: «Nos es imposible hacer lo que vinimos haciendo hasta hoy; no podemos dar cifras; debemos únicamente declarar que estamos en favor del principio de la lista civil.»

«Y he aquí que entonces nuestro rey no sabrá si va á cobrar 5 ó 500.000 libras esterlinas. Supongamos que, descontento, el rey se declara en huelga —por vuestras risas veo que tal huelga es encantaria.— ¿Cuál será entonces mi situación? Si pido á los soldados que no disparen contra él, de seguro la cárcel es conmigo; si, por el contrario, digo «disparad», me ahorcarán por delito de alta traición.

«Tales son los dilemas que se suscitan jugando con las leyes.»

El Trabajo.

Progresos de la impiedad

Tenían y tienen aun los buques de guerra holandeses su correspondiente capellán, mas parece que pronto dejarán de tenerle.

¿Por qué? Porque habiendo recogido las opiniones del personal subalterno adversas ó favorables á la conveniencia de que los barcos tengan un clérigo, la casi totalidad votó en contra; lo que se compadece muy mal con aquel refrán que dice: «Para aprender á rezar, no hay como viajar por mar».

Con tan feliz motivo se han sabido cosas peregrinas acerca del fervor religioso de unos hombres que pasan su vida en el mar precisamente, y de estas cosas, la más interesante es que, habiéndose anunciado á unos 1.000 hombres de la escuadra que un capellán reputado, excelente orador, pronunciaría un sermón, todo el auditorio se redujo á un solo individuo de la clase de subalternos.

Pues bien, después resultó que el único oyente era librepensador, y que había acudido á oír el sermón por no tener otro sitio donde pasar el rato.

Eso pasa en Holanda, país protestante casi todo, se dirá.

¿Sí, eh? ¿A que no se atreven los católicos de por acá á abrir un plebiscito verdad en los regimientos y en los barcos de guerra?

Y es que, en buena hora sea dicho, la impiedad cunde que es una bendición.

El fundidor

«El trabajo de la fundición... El infierno donde se tuestan y aniquilan cientos y cientos de hombres, el potro donde la miseria propia y la ajena codicia conducen al obrero diariamente para mermar sus años en un cincuenta por ciento, de vivir y pagar esta merma de vida humana con un jornal de estorces reales.

No son declamaciones, son hechos; los hechos no declaman, son; y como son, hay que aceptarlos. ¡Declamaciones! ¿Para qué? Con recurrir á uno de aquellos fundidores, con presentarlo tal

como lo vi durante mi visita, basta. No hace falta de lucir consecuencias; salen ellas solas.

Estaba frente al horno abierto, que parecía una hoguera pronto á calcinarlo. La piel de su rostro, regreza y rugosa como un pergamino puesto á la lumbre, hacía imposible reconocer su edad: una línea roja se extendía sobre sus párpados despestañados por la llama: su cuello y su tronco desnudos, ostentaban el bárbaro tatuaje que la brasa tuvo el cruel capricho de grabar en ellos con salpicaduras candentes, sus brazos iban y venían de atrás á adelante y de adelante á atrás, y giraban de izquierda á derecha y de derecha á izquierda moviendo el espetón; una barra de tres metros de larga encargada de remover el mineral, que hervía como ola áurea en el fondo del horno; sus manos que tuve la curiosidad de ver primero y la honra de estrechar más tarde, eran por las palmas dos masas negras, casi informes, muy semejantes á los pedazos de morrillo que se cortan al toro tostado en la plaza por los banderilleros... Abusella masa negra, aquel callo se hundió al contacto mis dedos; sin duda les asustaba rozarse con carne humana al natural... ¡Pobres manos de hombre convertidas por la explotación en curiosidades de bestia herrada á fuego!

¡Pobres manos de hombre! ¡Pobres piernas y pobres pies los suyos, obligados á sostener durante horas y horas el penoso ir y venir de los brazos y el tronco; empujadores del espetón y revolvedores del mineral que abrazaba con su lumbre é iba metiéndolos en el pecho jadeante del fundidor, bocanadas de humo asesino, torrentes de arsénico abrazador que una noche cualquiera le obligaría á caer de espaldas sobre su camastro entre pavos dolorosos y bases mortales... ¡Pobre hombre entero, destinado por la brutalidad de su tarea á quedar inútil para todo; hasta para ganarse el mendrazo á cuyo disfrute sacrificó durante años y años su existencia!

¡Pobre fundidor á quien yo veía inclinarse automáticamente revolviendo la espantosa hoguera del horno, volviendo de cuando en cuando la cabeza para respirar algo de aire puro— ¡nos impuro he querido decir— y suspendiendo su faena para empujando otra, para abrir la llave del desahogo, por cuyo tubo salía un ancho y reluciente chorro color oro, hermoso, alegre, cálido, espléndida lluvia solar que un capricho de la naturaleza parecía desprender contra el suelo negro, contra el infierno de las campanas fundidoras!

—¿Qué es esto?— pregunté á uno de mis acompañantes, señalando el chorro luminoso.

—Es la escoria— me contestó.— El plomo, la plata, la riqueza, caen por las boyas de densidad al fondo del horno. Lo inútil, lo inservible, la escoria, menos densa, flota y se desaloja por este tubo.

El obrero me miró cara á cara; apoyóse energicamente en el espetón enrojecido por la punta, y me dijo:

—Ya lo ve usted. La escoria arriba, lo bueno abajo. Es lo que ocurre.

Y volví á su tarea.

JOAQUÍN DÍCENTA

BIBLIOTECA de la Inquisición

«Carne ultrajada y quemada»

Se ha puesto á la venta con ese título una «Colección de Autos de Fe» celebrados en Madrid, Sevilla, Granada y Córdoba, copiados de los originales que existen en la Biblioteca Nacional.

Precio: Una peseta.

Al frente del libro he puesto lo siguiente:

Advertencia del editor

No encontré para este libro título más apropiado que el que lleva: *Carne ultrajada y quemada*. Ultrajada con todos los oprobios: desde el pudor profanado, hasta la creencia escarnecida. Y quemada con todos los fuegos: desde el sonrojo que enciende el rostro, hasta el insulto que quema la dignidad, hasta la leña que carboniza el cuerpo.

Y publico los Autos de Fe tal cual se escribieron á raíz de celebrarse, para que se vea hasta dónde llegaba entonces el miedo, el servilismo y la abyección de la mayoría de los españoles, y para que nos expliquemos nuestra decadencia moral presente.

Todos los Autos están redactados con la misma indiferencia hacia los sufrimientos horribles de las víctimas, y con las mismas repugnantes adulaciones á los verdugos.

Al acabar de leer cada Auto, el espíritu se ve presa de sentimientos encontrados: el de la indignación, que estalla ante el relato de tanta infamia y tanto crimen cometido en nombre de Dios; el del desprecio, que inspira el pueblo que aplaudía aquellas fiestas por fanatismo ó por temor; el del asco, que despierta aquella aristocracia degradada y corrompida que se consideraba honrada poniéndose á las órdenes de los miserables que extrañan de las lágrimas y la sangre el oro que se disputaban luego encarnizadamente el trono y el altar; y, por último, el de la admiración, que producen los rasgos de varonil entereza que tenían algunos de los atormentados en los calabozos, asfixiados en la horca, ó quemados en la hoguera.

Y no sólo se experimentan esos sentimientos, sino que se arraiga y fortifica en el cerebro la idea de que á la Inquisición, es decir á Iglesia, debemos exclusivamente nuestro rezagamiento moral, intelectual y material.

Pueblo donde durante tres siglos la delación fué un deber, la crueldad una virtud y la hipocresía el único medio de salvar la honra, la hacienda y la vida,

tiene forzosamente que tardar mucho tiempo aún en ponerse al unísono con los civilizados y progresivos.

La sangre española tiene inoculado todavía mucho virus inquisitorial.

JOSÉ NAKENS

Abril. 1912.

Sobre una condena

En un mismo día fueron denunciados *El Ideal* y *El Obrero Balear*, de Palma de Mallorca. Personas competentes declararon que ninguno de los dos artículos contenían materia punible, pero que el inserto en *El Ideal* era de tonos más vivos.

Pues bien: la denuncia de *El Ideal* no prosperó, y en cambio, al autor del artículo de *El Obrero*, que es el firmante de esta carta, profesor racionalista de la Escuela de la Federación de clases obreras, se le siguió proceso, acabando por condenarle á dos meses de arresto, costas y accesorias.

En el acto del juicio, el defensor, Don Jerónimo Pou, demostró al Tribunal, como en todas las provincias españolas, incluso las Baleares, se está continuamente absolviendo á procesados por supuestas injurias de más gravedad que la de aquel artículo, pues se limitaba á decir al Sr. Canalejas que no cumplía lo prometido.

A pesar de esto, aquí, en un país donde los ladrones y asesinos se ocultan ó escapan con la mayor facilidad; aquí, donde las leyes protectoras de la clase trabajadora se las ponen por montera; aquí, donde la infancia es víctima de atrepellos, sin que basten denuncias, porque ni las autoridades ni la Inspección hacen caso; aquí se condena á un padre de familia por una palabra que no es ofensiva. ¿Qué es esto? ¿Hay alguna mano oculta? ¿Acaso la Justicia no debe ser igual para todos?...

No nos proponemos denunciar á nadie; nuestro único objeto es enterarnos de si no hay en España más ley que la del cacique, y si la Justicia ha de inspirarse en ella.

AGUSTÍN PÉREZ

Palma de Mallorca, 20 Abril de 1912.

Boca de fraile

Leo en una Revista frai'una:

«Un buen ejemplo que imitar.—Al morir la fervorosa Terciaria D.^a Clemencia Carbonells ha dejado una CANTIDAD REGULAR para la Tercera Orden de Maresa de cuya Hermandad formaba parte desde muchos años. Si los Terciarios que pueden tuviesen en cuenta, á lo menos en la hora de la muerte, estos hermosos ejemplos, muchas hermandades no arrastrarían una vida tan raquítica y podrían hacer mucho más bien tanto espiritual como material en sus respectivas localidades. Que no lo olviden los Terciarios ricos de bienes temporales.»

Por algo se le dice al individuo que siempre está pidiendo, que le ha hecho la boca un fraile.

Son insaciables los hijitos de mi co-

razón: cuanto más piden más tienen, y cuanto más tienen más piden.

¿Con que vida raquítica? Ya les haría yo saber lo que es eso, poniéndoles una azada en la mano, y dándoles una peseta de jornal.

Y en suma ¿por qué no se van? ¿quién los obliga á estar aquí? Vayanse allá donde puedan hacer una vida robusta y espléndida, y déjenos en paz.

¿A que no nos dan ese gusto? Se lo pagaremos bien; en la misma moneda que ellos pagan todo lo que reciben: en oraciones.

Después de visitar un presidio

Ca la niño que dotamos de enseñanza nos hace ganar un hombre. De cada cien lairones que hay en presidio, ochenta no han ido á la escuela, no saben leer, y firman haciendo una cruz.

La ignorancia engendra el crimen; la ignorancia es la oscuridad en la que se arrastra la razón y la honradez perece.

Todo hombre que abre un libro, encuentra en él las alas, y puede certerse en las alturas donde el espíritu se mueve con libertad.

La escuela es templo como la capilla. El alfabeto que el niño deletrea contiene una virtud en cada letra, cuyo tenue fulgor ilumina suavemente el corazón.

Dad al niño libros á propósito. Caminad delante de él con la lámpara en la mano para que pueda seguirlos. La ignorancia produce el error, y el error produce el atentado. La falta de enseñanza lanza en el Estado hombres animales, cerebros incompletos, fatales instintos, ciegos terribles, que caminan á tientas por el mundo moral.

Iluminemos los espíritus; es nuestro primer deber: hagamos que el sebo más vil se convierta en luz. Debemos cultivar las inteligencias: el germen tiene derecho á vivir. Comprendamos al fin que la escuela convierte el cobre en oro, y la ignorancia transforma el oro en plomo.

VÍCTOR HUGO

BIBLIOTECA DE LA INQUISICION

Van publicados:

Almanaque.

El Santo Oficio.

Los Autos de Fe.

Quema de brujas en Logroño.

A PESETA cada tomo.

Carne ultrajada y quemada.

(Colección de Autos de Fe).

EN PRENSA

Despojo, infamia y hoguera.

(Colección de Autos de Fe celebrados por la Inquisición de Córdoba.)

EL MOTIN



EL JUICIO DE LOS HERESJES

(Estampa de RAUFMANN impresa en Aachen. Siglo XVII).

La trata de blancas en acción

Las señoras de la trata de blancas, han dado gran quehacer al Juzgado de Instrucción durante los últimos días. Por cierto que una de las denuncias presentadas ha dado lugar á que en Logroño se armara un revuelo de dos mil diablos, pues de boca en boca corría la especie de que una menor de edad había sido violada por un jesuita. Al oír tan estupenda noticia nos faltó tiempo para inquirir lo que había sobre el particular, y ahí va lo que hemos podido recoger á través de las impenetrables paredes del Juzgado, sin que nosotros respondamos de la exactitud de los hechos, siquiera procuremos atenernos á la más estricta verosimilitud.

Parece ser que llamada á declarar la menor en cuestión, hubo de manifestar que estando en cierta casa de dudosa apariencia don le había sido conducida por una mujer de instintos terceros, se presentó un sujeto regordete, todo afeitado y vestido de negro, quedándose á solas con ella y requiriéndola para dedicar en amigable compañía una *miñaja* de culto á la diosa Citerrea. Dijo la muchacha que el aspecto clerical del *sacerdotito* no le agradaba para el acto delicado de ofrendar á Venus, y entonces el incógnito personaje, todo encendido en el sagrado amor á la divinidad, hubo de permitirse el atrevimiento de bracear unos momentos con la muchacha para inducirla al cumplimiento de la misteriosa ceremonia. Acuciada la chica para que dijese quién era el fervoroso devoto que así rendía culto á la diosa del Amor, parece ser que manifestó que el tal sujeto era un P. Jesuita de la Residencia de San Bartolomé, que solía confesar en el confesonario del padre García. Ni que decir tiene la polvareda que se levantó al oír esta especie por las calles de Logroño. Se habló de que el Juzgado había dispuesto un careo entre el Jesuita acusado y la tierna ex doncella.

Tomó apariencias de verosimilitud este rumor, porque en buena administración de justicia, eso procedía; que tanto para justificar inmediatamente la aseveración de la supuesta violada, como para no dar lugar, en el caso de que todo fuera una invención, á que perdurara la calumnia, se procediera *ipso facto* á un careo. Pero no fué así, pues á nosotros nos consta que la muchacha fué recluida en las adoratrices, y la diligencia, no de careo, sino de reconocimiento, se llevó á cabo transcurridos ya unos días y dentro del mencionado convento.

En esa diligencia de reconocimiento dícese que la enclaustrada negó que el jesuita que se le puso de manifiesto fuera el mismo que tuvo el honor de acompañarla en sus oraciones á Venus Afrodita, y la gente maliciosa y amiga de mezclar en estas jocosas aventuras á la gente de sotana, atribuyó, así que se enteró del *paseo* del Juzgado, la negativa de la muchacha á influencias naturales de las monjas del convento. Todo por no haberse procedido con la diligencia que el caso requería.

Porque ahora, á pesar de haber parecido espontáneamente en el Juzgado un sujeto de la clase baja que se ha de-

clarado autor del dulce himeneo, la gente, precisamente por la condición é indigencia del confeso, hace cábalas y forja maquinaciones y supone sobornos que seguramente no tendrán fundamentos serios en que basarse.

¡Vaya una polvareda la que han levantado las señoras de la trata de blancas con su famosa denuncia! ¡A buena hora, si llegan ellas á sospechar el chubasco que iba á descargar sobre un jesuita, presentan la denuncia endemoniada!

Siempre ha sido el jesuitismo causa de mil perturbaciones, y en el decurso de la historia no han sido los jesuitas los que menos participación han tomado en todo género de crímenes—regicidios, motines, violaciones—y en toda suerte de excesos. Por esta fama de los compañeros de Jesús, el pueblo no extraña nunca que el jesuita cometa no importa qué delito y mucho menos los referentes á las honestidad, porque de tal modo han sido retratados por hombres que han vivido con ellos—Pérez de Ayala, Mirbeau y cien más—que la mayor degeneración en un *Padre* se escucha como la cosa más natural del mundo.

Por eso en el caso actual se acogió la noticia como artículo de fe, y seguros los jesuitas de que la cosa había de tomar calor inmediatamente, se personaron en el Juzgado á ver el modo de solventar la verdad enseguida, con un celo y un ardor tan grandes, que parecía lo menos se trataba de reivindicar el honor de Ravallac, jesuita asesino de Enrique IV ó echar de sobre sus hombros el mochuelo de la horrible matanza de los hugonotes.

Por cierto que es de extrañar esta actitud novísima de los jesuitas, porque el Kämpis les enseña cómo se prueba el verdadero paciente «que no debe mirar quien le ofende» sino que cualquier adversidad debe recibirla de buena gana, como de la mano de Dios y estimarla por mucha ganancia.

Pero los jesuitas imitan á Cristo cuando les conviene á ellos, aunque no le parezca bien á su dulce compañero. Hace años, cuando vinieron á conquistar á Logroño, ya contaban con la *huérfana*. Entonces rezaba con ellos aquello de «échame pan y llámame perro»; ¡pero hoy han cambiado los tiempos! Hoy se han hecho los amos del cotarro y no les conviene que la maledicencia les eche á perder el negocio que tanto les ha costado ganar. Por eso sus prisas de parecer en el Juzgado fuera de tiempo y sazón, y echar á volar la especie de que si con ellos se meten en la ocasión presente, habrá de sufrir las consecuencias el osado.

¡Oh, el jesuitismo! «En despreciando al mundo, es dulce cosa servir á Dios». Cualquiera diría que esa máxima es jesuitica. De tal modo *evolucionan* los *padres*, que del Kämpis no va á quedar más que una verdad experimentada. Aquello de «Cuán pocos son los que aman la cruz de Cristo» porque al fin los jesuitas, dejándose de monsergas, acatarán como unos rústicos más el adagio popular que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando».

Total: que quedamos—aparte divagaciones—en que el Juzgado de Instrucción, por su forma de llevar el procedimiento, ha dado lugar á suposiciones fantásticas en el asunto de la supuesta

violación de una menor realizada hace unos días.

Y se acabó lo que daban.

El Radical Riojano.

Modelos de fe

Han dado ahora los periódicos radicales en publicar artículos y más artículos demostrando que en las pilas del agua bendita de todas las iglesias hay bacterias, bacilos y hongos de toda clase de enfermedades, y que en los suelos y paredes pasa lo mismo.

Es posible que lo hagan, aunque no lo dicen, con la intención perversa de que los fieles y fieles se abstengan de frecuentar esos simpáticos focos de infección.

Por si así fuere, intervengo en el asunto para decir á los fieles:

«No hagáis caso á esos que ocultan su maldad, aparentando interesarse por vosotros; tratan sencillamente de privaros de la vida eterna, á pretexto de conservaros esta deleznable y perecedera.»

Las puertas del sacrificio personal, son las más anchas de las muchas que la bondad divina ha abierto para entrar en la gloria.

Si sabiendo que los templos son focos de infección acudís valerosamente á ellos, y os contagiáis de una enfermedad mortal, y sucumbís, ¡qué prueba tan grandiosa de fe! ¡Qué demostración más clara de que estáis impacientes por escalar el cielo!

Así, no hagáis caso maldito de los higienistas, y ¡al templo, al templo á acaparar avariciosa y cristianamente todos aquellos gérmenes de enfermedades mortales, y aquellas emanaciones mortíferas!

Que aquí quedo yo para cantar vuestras alabanzas, y presentaros á la admiración de las futuras generaciones como perfectos modelos de esa fe católica que no se detiene ni ante la suciedad ni el contagio cuando se trata de adorar en su templo al Dios que venera.

Un malhechor del Bien

¡Un grito de dolor sale de nuestros labios!... ¡La ira contra nuestros rostros: puños que se cierran, nervios que se crispan!...

La noticia circula con la rapidez del telégrafo, de unos á otros; por todos los presos por delitos políticos y sociales que habitamos en esta Bastilla. Nos conmovemos. ¡El anciano Reyes, ese rebelde y simpático viejecito... lo agarrarán esta tarde para conducirlo á presidio!

¿Delitos? Ser honrado, justo, humano, bueno, y aunar mucho la libertad, hasta el extremo de sacrificarse por ella. Ahí todos sus *crímenes*, Pueblo.

Se indultó á los asesinos, á los parricidas, á los infanticidas, á los Morales (ii) Reyes, el escritor, el criminal del pensamiento, el que interpretando los sufrimientos del pueblo, sus ansias, sus

deseos, trazó en las cuartillas, para ser impresas, palabras verdaderas: palabras que la multitud acogió con simpatía. ¡Va á presidio por seis ó siete delitos de imprenta, que suman en junto unos TREINTA Y SEIS AÑOS. Su fosa.

Las trigales y las frondosas copas de los árboles verdes y se rejuvenecen en la primavera; los ciudadanos van y vienen libres por esos prados que rodean la urbe.

De la cárcel saldrá amanillado un anciano con sus hebras de plata y apoyado en el cayado, camino de presidio... Es un hombre. ¡La brisa mece los trigales, los pájaros y sus pequeños cantan himnos á la vida, el cielo es azul... Y despacio, muy despacio, camina Reyes entre dos civiles. Lágrimas corren por sus mejillas, su corazón de niño sangra...

¡Salud, salud, rebelde! Ejemplo para la juventud. Tus amigos de sufrimiento y rebeldía no te olvidan. El pueblo... no lo sabemos.

Camino de presidio va el anciano Reyes.

..

Leemos en la prensa: La comisión de periodistas Pro indultos salió muy satisfecha de la entrevista con Canalejas.

Ya han salido en libertad Piñol y otro periodista (!) ..

¡Camino de presidio va el periodista y anciano de sesenta y cinco años Reyes!

FRANCISCO MIRANDA

Barcelona, Cárcel 20, 4, 1912.

Ver y creer

En Valencia, y bajo la presidencia del arzobispo, se organiza una peregrinación á Lourdes.

La alocución publicada dice:

«En medio de nuestras amarguras, todavía nos sobran alientos para afirmar y sellar con nuestra sangre, si se precisara, la soberanía del Papa.»

Cuenten con mi aplauso si lo hacen.

Y que sea pronto, pues sentiría morir sin haber visto un clerical de posición desahogada, con la suficiente dignidad para poner en armonía sus obras con sus palabras, y con una mijita de corazón (*garloché* en flamenco), para arriesgar la zalea (piel en culto) en defensa del catolicismo.

En cambio, he visto muchos vocingleros y embaucadores que viven pistoneando hipocritamente una fe de que carecen.

Indirecta á los impíos

Se ha constituido en Madrid una Comisión de católicos presidida por el presbítero D. José Larranaga, con el propósito de recaudar fondos para construir una iglesia en Fontilles (Alicante), con el exclusivo objeto de que puedan oír misa los enfermos del Hospital de leprosos existente en aquel pueblo.

Los impíos opinan que hubiera sido preferible recaudar fondos para atender mejor á los enfermos, pero es por ignorar que para la lepra no hay remedio mejor que una misa. La ciencia lo demuestra y el sentido común lo comprende.

Después de oír devotamente una misa, todo leproso queda curado radicalmente.

Y se explica que así sea. Si el santo sacrificio tiene poder bastante para sacar un alma del purgatorio y trasladarla al cielo en un periquete, ¿cómo no había de tenerlo para curar una enfermedad del cuerpo?

¿No hemos convenido todos en que lo que sirve para lo más, sirve para lo menos?

Sé que no convenceré á los impíos con estos lógicos y sencillos razonamientos; pero he aprovechado la ocasión para soltarles esta indirecta.

Nuestro pueblo

Supersticioso, frívolo, indolente, refractario al estudio y a la ciencia y amigo de aventuras y pendeñencia, siempre fué contumaz é intransigente.

Cifra todo su orgullo en ser valiente, la espada simboliza su existencia, con la cruz agarrota la conciencia y con la punta inmola al combatiente.

Nació el odio doquier la planta puso; la suerte le brindó tierras y mares que ha de rochado criminal é iluso; llegó á regir naciones soberanas y hoy, misérrimo, llora sus pesares y naufrago triste en costas africanas!

CÁNDIDO RUÍZ MARTÍNEZ

Teniente coronel de Estado Mayor. Senador del Reino.

(De la colección Botones de fuego.)

Solución económica

El tribunal correccional de Annery (Francia) ha condenado al canónigo Lachenai al pago de 50 francos de multa, y al vicario Jossierand al de 25, por haber pronunciado en un sermón furibundos ataques contra la enseñanza laica.

Sólo con imitar á ese tribunal, salía España de un conflicto económico: el creado con motivo de la supresión de los consumos.

¿Habla un cura contra la enseñanza laica? Cincuenta pesetas de multa á tocateja.

¿Un canónigo? Ciento.

¿Un obispo? Mil.

¿Que al apicar esas multas á los primeros, callarían los demás y no se lograría el objeto? Al contrario; gritarían más fuerte. Por esto:

Las multas que el gobierno les impusiera, las pagarían los bobalicones de los fieles, no ellos.

Y de este modo pasarían por múltiples de la fe sin costarles un céntimo, y

puede que ganasen encima algunas pesetas. Para estas martingalas se pintan solcs.

Con que á poner en práctica mi idea, y se salvará el conflicto creado por la supresión de los consumos.

Un médico en la hoguera

En el número correspondiente al mes de Abril de *El Mes Terapéutico*, importante revista que se publica en París en los idiomas siguientes: francés, español, alemán, inglés, italiano, polaco, ruso, se publica esta biografía, firmada por el ilustrado médico D. José Vecina López:

Abano (Pedro de)

En latín se le llamaba *Petrus Apenninus*.

Nació en Abano, lugar situado á cuatro millas y media de Pádua, el año 1250.

Al decir de sus muchos biógrafos, su vida es una cuerda heterogénea de patrañas y realidades, cual corresponde á un individuo que ejercía la Medicina, el astrolabio y la alquimia; por eso no es extraño que el lector adivine las persecuciones y martirios que sufrió por el Tribunal de la Inquisición, en premio de las ideas sustentadas por Abano como consecuencia de sus profundos estudios.

Cursó nuestro biografiado, griego en Constantinopla, matemáticas en Pádua y en París recibió el grado de doctor en Medicina y Filosofía. Viajó mucho por Inglaterra y Escocia para adquirir conocimientos científicos que le ayudarían á ejercer con cierta perfección la medicina de aquella época. Después de este recorrido volvió á Pádua, el año 1304, dedicándose preferentemente á aliviar á la humanidad de sus dolencias, con tanta fortuna, que su fama se extendió por toda aquella comarca, viéndose muy solicitado y atendido.

Y como siempre ha sido y será el prurito de los médicos ilustrados y prácticos, el hacer pagar con creces sus visitas, Pedro de Abano negábase á acudir á los enfermos fuera de la ciudad, como no le pagasen cincuenta escudos por visita; y no acudió al llamamiento del papa Otorio IV, según cuenta Doport, hasta que no le prometió cuatrocientos ducados diarios.

De esta forma siguió Abano su vida hasta que la fatídica Inquisición se interpuso en su camino. Parece que los designios de esta institución sólo tenían por objeto entorpecer, cuando no privar á la humanidad de seres que la beneficiaban en alto grado, la marcha armónica de la ciencia, y así vemos que fué denunciado á dicho Tribunal en 1306 por mago, ateo y hereje, pero supo Pedro de Abano defenderse de tal modo de sus acusadores, que no tuvieron éstos más remedio que declararlo por entonces, libre. No se encontraron satisfechos con el resultado de aquel proceso, y en 1315 fué acusado de nuevo, por motivos que sólo en un si-

glo de fanatismo é ignorancia tenían cabida; eran éstos, el creer que poseía el secreto de la piedra filosofal y de que el diablo le hacía vivir al bolsillo cuanto dinero gastaba. Y sin embargo, toda su piedra fundamental consistía en hacerse pagar muy caras sus visitas, y el diablo que le conservaba el dinero era su mucha «economía» (1). También le acusaron de haber aprendido las siete artes liberales, con siete duendes que habitaban y tenían sus cátedras dentro de una redoma encantada.

Semejantes acusaciones sólo incitan á la risa del hombre contemporáneo, en un siglo donde la razón se entroniza por sus verdades, y sin embargo, en la época de Pedro de Abano, fueron de tanto peso, tan formidables, que los inquisidores le condenaron á ser quemado vivo, pero nuestro biografiado, sintiendo la honda pena de persecución tan despiadada como infame, murió de dolor en 1316 pagando con su preciosa vida el tributo forzado á la brutal intransigencia de sus tiempos. Mas no se dió por satisfecho el Santo Oficio con ver morir á su víctima en sus mazmorras, quiso que el cadáver fuera exhumado y arrojado á las llamas, infame venganza que evitó un amigo de Abano recogiendo secretamente y ocultán, dolo en las naves de una iglesia, creyendo que el llevarlo á la hoguera era una afrenta despiadada que se quería hacer sufrir á la materia del ilustre Médico de Pádua. Los inquisidores entonces, hicieron quemar á Abano en effigie por mano del verdugo en la plaza pública, para escarmiento y castigo de sus hechicerías.

Júzguese cuál sería la conducta de Pedro de Abano, cuando en 1560, Federico, Duque de Urbino, colocó entre sus estatuas de hombres ilustres la de este médico. El Senado de Pádua le erigió otra estatua á la puerta de su palacio, entre las de Tito Livio, Alberto el Magno y Junio Paulo.

Pedro de Abano escribió muchas obras médicas que no vamos nosotros á criticar, aunque sí mencionaremos, que se juzgan eruditísimas aunque de escasas ideas originales.

Las obras son las siguientes:

Conciliator differentiarum quæ inter philosophos et medicos versantur. Mantua 1472 y Venecia 1476

De Venenis eorumque remediis liber. Mantua, 1472. 4.º La Biblioteca de Basilea posee un hermoso manuscrito latino.

Geomantia. Venecia, 1505 y 1506.

Expositio problematum Aristotelis. Mantua, 1475. Folio.

Hippocratis de medicorum astrologia libellus. En griego y latín. Venecia, 1485. 4.º

Astrclabium planum in tabulis ascendens, continens quilibet hora atque minuta æquationes demorum cœli, etc. Venecia 1502, 4.º

Dioscorides, digestus alphabetico ordine. Lyon, 1512, 4.º. *Heptameron.* París, 1474.

Tractus Mesnes noviter emendatus, etc. Venecia. 1505, 8.º

Decisiones phisionomicæ. La Biblioteca de París posee un manuscrito de esta obra, bajo el título de *Liber compilatio nis phisionomicæ à Petro de Padua.*

Questiones de febribus. Pádua, 1482,

(1) Dic. En. t. I. p. 51.

Manuscritos de la Biblioteca Nacional francesa.

Galani tractatus varii à Paduano latinitate d. nati. Este manuscrito se conserva en la Biblioteca de San Marcos de Venecia.

Elementos para operar en las ciencias mágicas. Manuscrito francés de la Biblioteca del Arsenal de París.

Desahucio prematuro

Al cavar el sepulturero de Valenzuela el hoyo para enterrar un cadáver, apareció otro de una mujer.

El espectáculo no fué agradable, hay que reconocerlo; y hasta pudiera ser calificado de profanación; pero teniendo en cuenta que los cementerios son un negocio para los curas y los municipios, y que el negocio no tiene entrañas ¿quién se preocupa por una pequeñez así?

Comprendo que debe ser molesto para un cadáver el que llegue otro y le diga: «¡quítate tú, para ponerme yo!», pero también comprendo que los infelices curas tienen muchas veces que cerrar los ojos y hacer como que no se enteran de ciertas cosas para agenciarse alguna pesetilla más.

¡Están los tiempos tan malos, anda todo tan caro, y son tan antojadizas esas picaruelas de amas!

Receta

para vender quincalla

Es curioso y edificante este relato que me han hecho.

Una vendedora de quincalla que trapichea en Banifayó de Espioca, comenzó á notar que cada día vendía menos. Alguien le dijo que era por haberse corrido la voz de que un hijo suyo de diecisiete años no había comulgado aún. Comenzó ella á rogarle primero y á amenazarle después para que lo hiciera. El chico se resistió, y la madre, aconsejada por un amigo del cura, lo echó á la calle.

Al cabo de algún tiempo, el joven, casi desnudo y muerto de hambre volvió á la casa materna, pidiendo clemencia y ofreciendo comulgar veinte veces al día si era preciso; su madre lo acogió alborozada, avisó al cura, y efectivamente, el chico cumplió su palabra y se engulló la sagrada forma.

El gremio beato echó las campanas á vuelo por aquel triunfo de la fe: en dulce consorcio con el estómago, y un clerical, erudisimado, le compró un traje al joven y le dió algún dinero para que comprase y repartiera unas *Hojitas* clericales.

E. chico, sea por equivocación, ó porque á guien se lo insinuara, compró algunas *Hojitas Piadosas* de las confeccionadas en esta redacción bendita, las mezcló con las otras y comenzó campechanamente á repartirlas.

Lo advierten los clericales enseguida, van á su casa le quitan el traje, la madre lo vuelve á arrojar á la calle y desde aquel día comienza á vender quincalla en tal abundancia, que no parece sino que la mano de la Providencia anda en el ajo.

Recomiendo á los hijos de las quincalleras que no confiesen ni comulguen y vendan *Hojitas Piadosas* para que sus respetables mamás se enriquezcan: el cariño se aquilata por los sacrificios, y todo hijo tiene el deber de sacrificarse por quienes lo lanzaron á la vida en un rato de buen humor, purificándolo después con las regeneradoras aguas del bautismo.

Cantata número...

La iglesia de San Fructuoso en Génova comenzó á arder con un fervor que daba gusto.

Al venirse abajo una de las naves, resultaron heridos una porción de operarios que trabajaban por extinguir el fuego.

Y la redacción de EL MOTIN...

Tan providencialmente incombustible.

Juramento incumplido

I

Luis Pulido, estudiante de Derecho conoció á Juanita Lista una noche en el baile del Liceo Malladas.

Juanita era modista, ganaba poco, pero como su cara era un sol y sus ojos un cielo, con su vestidito de percal y su ramo de flores en el pecho estaba hecha una preciosidad. Luis era ardiente, fogoso, todo corazón, y desde luego quedó cautivo entre las inefables mallas del amor, que todo lo embellece.

Desde aquel baile memorable todas las noches Luis eschaba la salida de Juanita del obrador, y juntos, muy juntos, se perdían en el oscuro laberinto de estrechas callejas mal alumbradas, alargando la hora de su separación, arruñados por esas exquisitas nimiedades cuyo valor y encanto sólo conocen los enamorados.

Los días pasaban veloces, la exaltación del cariño de aquellos dos corazones era cada vez más intensa, las citas más frecuentes, las entrevistas más largas; Luis en el aula soñaba con Juanita; Juanita en el obrador olvidaba la aguja pensando en Luis.

Una noche de verbena el ángel inmaculado é invisible que acompaña á las dorellas lloró amargamente al regresar Juanita á su casa, y tapándose el rostro con las alas, huyó al cielo... Juanita también lloraba.

Luis repetía al cido de Juanita:

—No llores; te juro que serás mi esposa.

Juanita seguía llorando...

II

—Decía usted que...

—Sí, padre, que mis remordimientos son horribles. No fué un lazo, no fué

una mala acción premeditada; cedí á la tentación sin saber cómo; pisando flores, no reparé que el abismo estaba á mis pies... Después la muerte de mi padre me obligó á encargarme de sus negocios, interrumpiendo mi carrera; y con la ausencia, el tráfico de pleitos y la dirección de asuntos, vino el olvido, el abandono... ¡Pobre víctima! Yo le había jurado reparar mi falta, rehabilitarla... Este es mi remordimiento, este es mi pecado.

—Muy grave, en verdad, y obligado está usted á cumplir su juramento.

—Sí, padre, por eso he venido aquí; ahora estoy libre, sin trabas de familia, con recursos holgados; yo seré débil, pero no soy un malvado; quiero cumplir mi juramento.

—Muy bien. ¿Sabe usted su paradero?...

—Eso me desespera; murió su madre, se mudó de casa y no he sabido ya más de ella... Quizás desesperada se habrá dado la muerte la infeliz...

—Dios no lo habrá querido. Lo natural es que haya seguido ocupándose en su oficio, quizás esto sea un rastro... Se puede preguntar á sus antiguas compañeras. En fin, me es usted simpático, y como le voy inclinado al bien, quiero acercarme á esta buena obra de reparación. Mañana, á las tres de la tarde, vaya usted á mi casa, tome usted esta tarjeta y comenzaremos las pesquisas, porque aquí, en un confesionario, no se puede hablar de estas cosas con la extensión debida...

—Gracias, padre; es usted muy bueno.

—Cumpla con un deber en auxiliar al pecador arrepentido...

III

—¿Está el P. Valdés en casa?

—No lo sé; voy á preguntárselo á la señorita

Luis se sienta en el recibidor.

Aparece una joven vestida con elegancia.

—Pase usted; está en su despacho...

¡Dios mío! ¡Luis!...

—¡Juanita! ¡Ah, y qué infame fui contigo! Perdóname: vengo á reparar mi falta, Juanita... ¡Tú tan buena, tan...!

El P. Valdés, que ha oído detrás de una cortina todo este diálogo, se presenta, y algo turbado exclama:

—Esa falta, joven, está ya reparada en absoluto; la señorita Juana hace tres años que está bajo mi protección... Si no tiene usted otra en su conciencia...

Luis se quedó mudo de asombro, y sin saber cómo se encontró en la calle.

Pero no debemos tacharle de perjuro; ya ves, pío lector, que no pudo cumplir su juramento.

Se le había adelantado el P. Valdés.

FRAY GERUNDIO

Quien quita la ocasión...

Hallándose en el pueblo de Figueras el cura de Santa María de Meyá, varios aficionados á lo ajeno asaltaron su casa y arramblaron con cuanto había de algún valor, metales acuñados inclusive.

Como nada ocurre en el mundo sin permisión divina, no me atrevo á condenar á los caballeros bautizados que

dejaron á ese cura por puertas, hasta no enterarme de si se valió de ellos la Providencia para dejarlo en condiciones de que no pudiera pecar.

El dinero, según aseguran todos los de su oficio, incita al pecado; y el hombre á quien se lo quitan queda en perfectas condiciones para salvarse.

Felicito á ese buen sacerdote por la placida alegría que disfrutará al verse libre de las asechanzas que el oro corruptor tiende á los buenos; y si el demonio lo indujere de nuevo, ¡es tan malo el maldito!, á atesorar tesoros en la tierra, quisiera que acudiesen oportunamente otros hermanos en Cristo á quitarle también la ocasión de pecar.

¿Para qué quiere el hombre ni el cura la riqueza ni los demás bienes terrenales, si pierde su alma? El primer negocio de la vida, (el único quizás) es el negocio de la salvación.

Al que madruga...

Leo en *El Porvenir Navarro*:

«Un anuncio con dos mil quintales de trastienda:

«EJERCICIOS PARA SEÑORAS
EN JAVIER

Reuniéndose número suficiente, los habrá desde Marzo hasta Octubre inclusive, comenzando siempre el día 1.º de cada mes por la tarde, excepto en Abril y Septiembre que empezarán el 16.

En la Hospedería de las Religiosas hay habitaciones cómodas para doce señoras. Conviene que avisen antes las que han de venir.»

¡Qué negocio más bonito y que delicada manera de tratarlo!

Maridos católicos cuyas virtuosas señoras se estén preparando para trasarse á esa Posada del Peine Místico!

Yo os conjuro por los Cielos de San José, que les encarezcáis la necesidad de pasar pronto aviso á la Hospedería, no sea que vayan á encontrarse sin puesto á última hora, y vosotros sin el placer de perderlas de vista unas semanas.

Las esperanzas desvanecidas destrazan el corazón.

Chino equivocado

Al recibir el presidente provisional de la República china, Yuan-Shi Kuí, las delegaciones de cristianos protestantes, ha declarado «que su intención es la de descartar toda intolerancia religiosa y hacer observar la libertad de conciencia en toda la China», y por haber dicho esto, lo alaban algunos periódicos españoles.

No incurriré yo en tal error. El chino es haba así, porque su religión es falsa; profesara su nación la católica, única verdadera, y haría lo que nosotros: reventar á todo el que no la aceptase.

Para convencerlo, voy á enviarle las láminas de la Inquisición que publico; en ellas aprenderá la manera con que deben ser tratados los cisidentes de la

religión oficial: prisión, tormento, destierro, despojo, horca y hoguera.

Y de paso le recomendaré que inmediatamente ponga en práctica el sistema, para que, si á favor de esa tolerancia que preconiza se cueñan en China jesuitas, dominicos, franciscanos, agustinos y demás ciudadanos que aquí defiende esos procedimientos, pueda aplicárselos galantemente.

Pues siempre fué prueba de de icada galantería, obsequiar á los huéspedes con algo que les recuerde las costumbres de su tierra.

El penal de Figueras

Diez meses pidiendo justicia

Pronto hará un año que *El Progreso* de Barcelona abrió una campaña contra los vandálicos atropellos de que en el inquisitorial penal de Figueras eran objeto los infelices penados.

Se escribieron artículos que podían decirse que chorreaban sangre y lágrimas. Sangre y lágrimas vertidas en la llamada «Siberia» y en las demás mazmorras de aquel penal, antro de tortura y de martirio.

Aquellos gemidos, aquellos dolorosos ayes de desesperación y de angustia, aquellos tristes lamentos lanzados desde el fondo de aquellos *in paces*, fueron acogidos por el valiente *El Progreso*, único periódico republicano que se hizo eco de tanta víctima sacrificada al despotismo del sanguinario y cruel director del castillo de San Fernando y sus compinches. Los demás periódicos de España, lo mismo republicanos, socialistas que monárquicos, callaron cobardemente, por lo que, de un modo moral, se hicieron cómplices de los asesinatos y de las criminales torturas que en los calabozos del figuerense penal se han venido cometiendo hace más de un año.

Pero hay más: algunos diputados se taparon los oídos, se volvieron mudos como muertos, como si á ellos no les importara que en el penal de Figueras los hombres fueran asesinados á palizas, como ha venido ocurriendo desde antes de Junio del año pasado. Y lo más chocante resulta que en *El Progreso* se fastigaba al diputado pseudo republicano por Figueras señor Salvatella, y con todo, este señor calló y no se dió por enterado de las mortales palizas, como si nada pasara en el penal del distrito que él, el señor Salvatella, representa en el Parlamento.

Ahora que la Prensa ministerial levanta su voz en demanda de justicia, horrorizada ante las torturas é inhumanos tratos que se dan á los infelices penados en el inquisitorial penal que nos ocupa, á este señor diputado se le antoja presentarse al ministro en demanda de justicia, pero de una justicia serena y recta, contra los culpables de tanto crimen y de infamia tanta, como si el asesinar á los penados en aquellos calabozos, fuera cosa de pocos días, como si el señor Salvatella, diputado por Figueras, no lo supiera desde hace más de un año.

Y se nos ocurre preguntar. ¿Por qué esté señor diputado no se personó ante el ministro en demanda de justicia severa y recta ante, cuando en *El Progreso* se hizo la campaña? Estamos en la creencia que si entonces el señor Salvatella no se hubiese hecho el sordo á los ayes de angustia que desde los calabozos de martirio los reclusos lanzaban y que en *El Progreso* repercutían, muchas, pero muchas de las palizas de muerte que en el figuerense penal se han venido dando en el transcurso de estos diez meses, muchas de las costillas hundidas, de las cabezas rotas y de los cuerpos manando sangre por sus heridas, serían los que, como diputado, hubiese podido evitar. Es por esto que aun recordamos que en la serie de artículos «La Inquisición en el penal de Figueras», publicados en *El Progreso*, en algunos se calificaba al Sr. Salvatella como cómplice, á lo menos moral, de los asesinatos que en el penal de su distrito se han venido cometiendo.

Por otra parte, la prensa ministerial y aun la republicana, más ó menos con juncionista, así como algún otro diputado, que durante estos diez meses ha venido callando, ahora protestan de los criminales atropellos cometidos en aquel penal. ¡Y ahora que ha pasado un año, siempre torturando, claman justicia, como si el asunto fuera nuevo! Como si de ello nadie antes se hubiera ocupado! ¿Es que esta prensa que hoy se levanta airada clamando justicia, no se enteró de los artículos que casi á diario publicaba *El Progreso* en Julio, antes y después de Julio, del año pasado? Aquellos lamentos, aquellos ayes de angustia y desesperación, de que sólo *El Progreso* se hizo eco hace diez meses, se perdieron en el vacío de aquellas frías mazmorras y de aquella espantosa «Siberia» de triste memoria.

Después que ha transcurrido un año; después que, con toda seguridad, habrán muerto más de tres penados á consecuencia de las bárbaras palizas, toda la Prensa, porque lo reconoce así, dice: Tenía razón *El Progreso* al hacer las graves denuncias que hizo referentes á los malos é inquisitoriales tratos dados en el penal de Figueras. No nos cabe la menor duda; aquellos hombres, aquellos sin ventura de la «Siberia», de la «Bomba» y de los antihigiénicos calabozos, si no han muerto ya, es debido á su juventud, á su complexión robusta. Pero téngase presente que todos ellos viven muriendo. Esto es, que todos se hallan tuberculosos, con los órganos interiores lastimados, con visibles lacras en la cabeza y en todo el cuerpo, efecto de las puntas de las herradas varas dirigidas al pecho y de los golpes pesados y sordos de las bolsas de arena y de las heridas y contusiones producidas por la asesina ronda de cabos dirigida por el director Nemesio Melena.

Aquellos hombres mueren lentamente allí en los calabozos, á consecuencia de los inquisitoriales tratos y crueles castigos que les fueron aplicados inoportunamente; así murió Fabián García y dos más, así ha muerto uno de los once compañeros que el año pasado fuimos trasladados de aquel penal de crimen y de tortura á este de Tarragona, en que nos hallamos. No sabemos si dicho compañero murió á consecuencia de los malos tratos que le dieron en la «Siberia» ó del terror que le

produjo al ver cómo eran apaleados sus compañeros de castigo. Lo cierto es que ha muerto, quedándole á deber el verdugo del administrador de aquel penal ciento cincuenta pesetas, pues el muerto era el herrero de la administración, y el dinero este que el administrador le estaba, se lo debía por trabajos hechos de su oficio.

Como se ve, en el penal de Figueras, no tan sólo se asesina á los reclusos á la sombra de los calabozos y al amparo de la impunidad que concede el cargo, sino que también se les estafa el dinero ganado con el sudor de la frente y se les retiene, contra la voluntad de sus dueños, las prendas de propiedad particular, como lo demuestra el siguiente caso, que exponemos como á muestra.

Cuando se nos trasladó del penal de Figueras al de Tarragona, en que nos encontramos, el director nos hizo dejar los petates y la ropa de nuestra particular propiedad, diciéndonos que una vez en Tarragona, nos lo haría mandar por ferrocarril. Como pasaban los días y ni los petates ni la ropa llegaban, el señor director del penal en que nos hallamos escribió al director del de San Fernando interesándose para que se nos remitieran los colchones y la ropa, y aún estamos esperando se nos manden. ¿Es esto estafar ó estorbar al pobre penado, después de haberle descalabrado á palos?

También estamos esperando venga un juez especial para interrogarnos, pues tenemos muchas cosas graves que decir. Pero como vivimos en esta tan inquisitorial España, en que los hombres son asesinados á palizas lo mismo que en tiempos de Carlos de España y de Fernando VII, con todo regir un gobierno que se llama liberal y de mocracia, dudamos que la justicia severa y recta se haga, y menos tratándose de infelices y miseros penados, que llevan diez meses pidiendo justicia, sin que nadie les atienda.

ANGEL ORIOLS

Penal de Tarragona 19-4-2.

Es lógico

El Ayuntamiento de Huesca se ha negado á poner el nombre de Joaquín Costa á una calle.

Me alegro, aunque por razones distintas de las que aquellos señores concejales se han fundado.

El nombre de Costa no cabe en una calle de una ciudad donde los gatos tienen idea de la justicia superior á la de los concejales.

Las Estropajosas oscenses

En todo se meten y todo lo quieren mangonear. En esto no se diferencian de las de otras poblaciones.

Para dar una idea de lo atrevidillas que son, diré que han excitado á la esposa de un republicano, muy querido por sus correligionarios de ideas avanzadas, á que le disuada de concurrir

á las reuniones de la *Juventud Rebelde*, á la que califican de «cáfila de degenerados, beodos, incul'tos é incapaces».

La manera de adjetivar no es muy escogida que digamos, aunque sí muy propia de las ilustres defensoras de mosen Prisco; mas no debe preocupar á esos jóvenes; manos blancas no ofenden.

Sigan su camino; no imiten cuando se casen á los maridos que consienten á sus señoras ponerse á la devoción de los curas; echen cordilla á los gatos que vean, para que sigan cumpliendo su santa misión de descubrir infanticidios misteriosos, y trabajen sin descanso para que llegue un día en que el calificativo clerical sea el más bochornoso de todos.

Y en vez de pensar, como me dicen, en armar una trapatiesta monumental á esas señoras damas de Estropajosa, piensen en hacerlas el amor, si son guapas, se ponen á tiro, y se prestan á ello. Las hembras son caprichosas, y quién sabe si por arrancar un alma de las garras de Satanás, se atrevería alguna á poner su salvación eterna en peligro, excediéndose en demostraciones cariñosas con uno de la cáfila.

La carne es flaca, el diablo es el mismo demonio..., y, en fin: he dicho.

¡Si no le hubiesen oído!...

Leyendo en el *Osterrcichische Zeitung*—periódico furiosamente clerical que se publica en Viena—un lacrimoso artículo relatando el sin fin de peripecias sufridas en Australia por unos padres capuchinos que fueron allá con el fin de dedicarse á la conversión de infieles, me vino á la memoria cierto caso, muy chusco por cierto, que me refirió el año pasado un oficial del ejército alemán.

Ocurrió en la China el año 1805, donde á la sazón se hallaba este militar agregado á la Embajada de su país.

Viajaba un día el citado oficial de Pekín á Hanoi en compañía de un alto funcionario chino. En la estación de Tientsin montó en el mismo cupé un ministro de la religión católica, apostólica, romana, persona de aspecto simpático, quien no tardó mucho tiempo en entablar conversación con sus compañeros de viaje.

Hablando y hablando les contó este religioso católico que era inglés y que había hecho su viaje de Europa para consagrarse á predicar la doctrina cristiana por aquellas comarcas.

—¿Y estáis satisfecho del resultado? —interrogó el funcionario chino.—¿Habéis convertido muchas almas?

—¡Oh sí: estoy contento, objetó el misionero.—En seis meses que llevo por estas tierras he tenido grandes éxitos, he bautizado á muchos. Hace unos días hablé en Singam ante 2.000 personas y al día siguiente bauticé á 136.

—¡Hombre! ¡Está bonito!—dijo el funcionario.—Pues según eso habéis mandado al infierno 1.864. ¡Vaya un agradecimiento que os deben mis compatriotas!

—No comprendo,—contestó el sacerdote.

—Decíme una cosa—añadió el funcionario—¿Cuál es la religión verdadera?

—Pues la religión católica.

—Bien. En ese caso todos aquellos que conociéndola no la practiquen ¿creeis que se condenan?

—Así lo creo.

—¿Y los que no la conocen?

—Esos... esos... no conociéndola... creo que no.

—De lo que se deduce que sino hubiésemos ido allá á explicar la religión católica; aquellas 2 000 almas hubieran desconocido esa religión y al morir entrarían en el cielo por la puerta ancha...

.....

El misionero inglés arrugó el ceño y no desplegó más los labios en todo el viaje.

JOSÉ BELLIDO

Les convendría así

Hay en Haro una virgen llamada de la Vega.

Le pidieron los vecinos que influyera para que lloviese, porque hacía el agua mucha falta á los campos, y, efectivamente, la noche del día en que la arrancaron de su altar para pasearla procesionalmente, cayó una helada de pe y pe y doble presbítero y los campos acabaron de echarse á perder. Y eso que la fiesta fué magnífica, pues iban en ella muchos fieles, presididos por concejales demócratas, y hasta dos ó tres militares de uniforme.

Como la virgen es milagrosa y ha hecho *in illo tempore* grandes beneficios al pueblo, supongo que lo de la helada no amenguará la fe de los creyentes, y que al ver destruidas las esperanzas que fundaron en la cosecha, exclamarán con resignación cristiana: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; sea su nombre bendito».

Y que acudirán el próximo mes de Mayo al templo cargados con todas las flores que la helada no destruyere, cantando fervorosos y agradecidos:

Venid y vamos todos
con flores á porfía,
con flores á María
que madre nuestra es.

De mi diario

Está mal, pésimamente retribuido el trabajo de la mujer.

El de aguja sobre todo, con cuyo producto algún tiempo podía la mujer ganarse la subsistencia en su hogar, lejos de la prostitución y lejos del taller y el obrador que son su prólogo, está hoy por condiciones varias tan mal pagado, que la retribución que por él se abona, resulta verdaderamente irrisoria.

Un ejemplo, entre mil que citar podría, llevará al ánimo de mis lectores el convencimiento de la verdad de lo que digo.

Supongamos una mujer que hace ojales en los cuellos postizos de camisa.

Cada cuello tiene tres ojales que ha de cortar generalmente ella misma; 3 por 12, con 36 ojales, pues ese trabajo se paga por docenas.

Sigamos la operación aritmética.

Tiene cada ojal, pues los quieren muy bien hechos con hilo del número 100, ochenta y seis puntos. Multiplicados los treinta y seis ojales que es preciso hacer en una docena de cuellos por las ochenta y seis puntadas que cada ojal lleva, tendremos un total de tres mil setenta y seis puntadas. Una mujer, larga de aguja, como ellas dicen, necesita para dicho trabajo unas tres horas.

¿Saben mis lectores con cuánto se paga el trabajo de una mujer que hace ojales durante tres horas? Se paga con un real, que es precio de ojalar una docena de cuellos, y aun de esos veinte y cinco céntimos de peseta hay que deducir cinco céntimos que cuesta el hilo y que la ojatera ha de poner de su cuenta.

Total: ¡ha trabajado una mujer, quemándose las pestañas, tres horas para ganar 20 céntimos!

Pedir más, sería gollería.

Y á este tenor, téngase ello bien en cuenta, se pagan todos los trabajos de aguja que pueda intentar una mujer.

¡Atronad el espacio con vuestras huecas imprecaciones, moralistas de pasta floral. Si la mujer se pierde es por vicio. La miseria no la lleva al lupanar. Nuestras sabias y previsoras sociedades le ofrecen en el honrado trabajo con que llenar su estómago, vivienda en que abrigarse, medios para cubrir sus carnes...»

..

Quizás la principal causa de que á tal extremo haya llegado la baratura, ó mejor dicho, la explotación del trabajo de la mujer, la hallaríamos en la concurrencia que á las trabajadoras hacen esos conventos semicollegios para señoritas que por doquiera se levantan retadores y absorbentes.

Yo he visto á las monjitas apearse de la tartana ó coche en que hacen sus salidas, para mayor mortificación del cuerpo miserable, como ellas dicen, y entrar en las fábricas y almacenes en que se da á hacer género de blanco. Informadas del precio á que se pagan los trabajos, han ofrecido hacerlo á menos precio, y como las monjas son pobres, como trabajan bien, y sobre todo, como lo hacen más barato... las monjas se llevan el trabajo.

No es esto una honrada, sino una criminal competencia. Esas monjas que so pretexto de dedicarse á la educación de las niñas no pagan contribución y cobran por la educación que dan pingües honorarios, emplean el ejército de educandas á su cuidado encargadas, en trabajos de aguja que puede hacer á cualquier precio, por la sencilla razón de que no han de retribuir ese trabajo de manera alguna, sino que, al contrario, cobran centuplicado por mil modos y maneras, por la franquicia de contribución industrial que la ley les hace, por los honorarios que de las niñas perciben, por las limosnas que con mil vocalinas sacan para sostener el colegio, convento y taller, de los bolsillos de la gente crédula.

Así, por la competencia que los con-

ventos á las trabajadoras hacen, ha muerto el trabajo de aguja para la mujer que de él ha de vivir.

Así, por esto, se ha agravado el malestar social, la terrible crisis por que el trabajo atraviesa.

¿Y aún habrá quien se duela de la multiplicación de esos conventos, verdaderas Empresas industriales! Yo por mi parte quisiera uno en cada calle, para que de una vez, sin más sufrimientos, acabara, devorada por la teocracia, esta sociedad española, anémica de cuerpo y más anémica todavía de alientos y de inteligencia.

CRISTÓBAL LITRAN

Desde Almonte

Desde que me declaré anticlerical he alcanzado aquí una celebridad asombrosa; unos me miran con terror y con admiración otros, lo cual me halaga.

Los clericales me amenazan de mil modos, pero esto no me importa; al hacerlo, cumplen como quien son; lo que me duele un poco, es que los republicanos me motejen y zahieran, por esto que voy á decirle á usted.

El Jueves Santo, por mis muchas ocupaciones, no pude desayunarme hasta las cuatro de la tarde. A esta hora tomé un pejazó de pan y un chorizo, lo que tenía á mano, y me puse á comerlo. Me vieron unos cuantos, pues no me oculté de nadie; corrieron la voz, y los clericales comenzaron á chillar.

Si hubieran sido ellos solos los indignados, nada le hubiese dicho á usted; no merecía la pena. Pero no fueron solos; les acompañaron muchos que se creen republicanos; entre ellos algunos que se llaman amigos míos, y que han llegado á amenazarme con la retirada de su amistad.

Que se aparten de mí cuando quieran; políticamente ya me he retirado de ellos yo; no quiero tener nada de común con republicanos de solideo y gorro frigio, como usted dice, por creer que ha llegado la hora de decidirse, de que nos conozcamos todos, y de cada cual ocupe su puesto.

«¡O con ellos, ó contra ellos!» este debe ser nuestro grito.

ANDRÉS BORRERO GARCÍA

¡Bien, muy bien! Así se piensa, así se obra y así se escribe.

Esos republicanos del Sigrado Corazón de Jesús, que se asustan al ver que un correligionario come un chorizo en Jueves Santo, ó se santiguan al enterar se de los banquetes de promiscuación, son risibles.

¿Quién promiscua más que ellos? Alternan el mitin con la novena; el discurso revolucionario con el sermón faccioso; el ¡viva la República! con el ¡ruja el infierno! ¡Y se indignan luego porque un correligionario se alimenta con chorizo en Jueves Santo, ú otro mezcla la carne y el pescado en una misma comida!

¿Qué sabrán esos lo que es democracia, ni República, ni sentido común siquiera?

Los templos y sus huéspedes

POR

Roberto Robert

motivo para que se persiguiese en Italia muchas conspiraciones borbónicas, algún malévolo señaló como centro sospechoso el convento de los cartujos.

Las autoridades, mundanas apoyadas en la fuerza bruta, penetran en aquellas moradas de contemplaciones divinas y alcohólicas.

Procedieron a un minucioso registro, y sea dicho en honra de la comunidad, no se halló papel ni instrumento alguno que pudieran comprometer á ella ni á ninguno de sus individuos.

CLXXI

Allí no había más que libros de devoción y de comercio.

A un lado estaban, por ejemplo, las epístolas de los Santos Padres, y á otro las de los corresponsales de la casa.

La autoridad quedó admirada del orden y pulcritud de aquel devoto asilo, y pudo convencerse de que la fabricación del aguardiente se verificaba en aquel establecimiento por los medios más perfeccionados de que era posible echar mano.

CLXXII

¡Oh tú, descreído pisaverde, que después de la diaria taza de café, paladeas sensualmente la copa de chartreuse; quizá en aquel momento mismo, excitado por el licor, mueves la indiscreta lengua contra los buenos cartujos que en el callado retiro perfeccionan pacientemente el arte de la destilación, para brindarte al día siguiente con aquel producto de su industria mejorada en tercio y quinto!

¡Quizá mientras tú echas pestes contra las instituciones monásticas, allá en Parma se combinan en mejores proporciones las aromáticas yerbas que, estimulando tu paladar, te incitan á la repetición de actos indispensables para entonar tu estómago!

CLXXIII

Si refiriéndonos sólo á generalidades hemos tenido ocasión de hacer tan justos elogios de los cartujos, ¿i dónde no tendrían que remontar el vuelo nuestras alabanzas si llegáramos á ocuparnos de los jesuitas?

No haremos á la celebrísima Compañía de Jesús el agravio de considerarla digna sólo de unos cuantos párrafos de este mal perjeñado libro, no.

Cada día de su vida requiere un concienzudo volumen, y en vano trataríamos de dar la menor idea de dicha poderosa asociación en lo que acerca de ella pudiéramos decir en breves é insustanciales páginas.

CLXXIV

¿Ignora acaso algún lector en el mun-

do, lo perseguida, lo calumniada que ha sido la Compañía de Jesús?

¿Quién no sabe que por chismes y malquerencias hubo de ser arrojada de España, Francia y Austria?

¿Quién no sabe que los jesuitas lanzados de España se fueron á llorar, digámoslos así, á Roma, de donde los tuvo que echar á su vez un Pontífice por carcerer de sitio dónde alojarles?

¿Quién ignora que la calumnia contra la Compañía llegó á prevalecer en el ánimo de un Pontífice hasta el punto de declararles suprimidos?

CLXXV

¡Ah! En el siglo pasado, siglo de impiedad por excelencia, reyes y Parlamentos se declararon contrarios á esa congregación.

El mal venía de lejos.

Van á cumplirse trescientos años de que pronunciara un abogado general en el Parlamento de Tolosa las palabras, las horribles palabras siguientes:

«Señores, debemos sentir profundamente y deplorar con amargura del alma el haber alimentado á esas serpientes, el haber enriquecido y fomentado á esa Compañía, no sólo á expensas de nuestras sujeciones y facultades y con la desheredación de un infinito número de familias, sino, y muy especialmente por haber causado los males que hoy padecemos, merced á sus funestas doctrinas.»

¡Habrás visto!

CLXXVI

Encarnación del fraude y la mentira les ha llamado hace poco un autor belga, y casi podríamos encerrar en esa sola frase el concepto que á los mundanos ha merecido la institución más poderosa, más sagaz, dotada del espíritu más verdaderamente práctico que ha producido la Iglesia católica.

CLXXVII

Como muestra de las absurdas difamaciones que se han hecho circular sobre los jesuitas, voy á reproducir lo que, según el duque de San Simón, ocurrió en España en 1701.

«Al descargar las naves, dice, se encontraron ocho grandes cajones de chocolate, cuyo rótulo decía: *Chocolate para el Reverendísimo Procurador general de la Compañía de Jesús.*»

«Los cajones pesaban de manera, que nunca se había necesitado tanta gente para manejar cosa relativamente de tan poco bulto, y los pobres hombres empleados en la descarga sudaron y no poco al trasladarlos. La pesadez del trabajo y el ver que habían necesitado ayuda los que por sí solos cargaban con bultos al parecer más pesados, les llamó la atención.

«Abrieron uno de los cajones en un almacén de Cádiz depositados, y no vieron en ellos más que enormes bolas de chocolate, colocadas unas sobre otras. Tomaron en las manos una, cuyo excesivo peso les dejó sorprendidos,

tomaron otra y otras, y con todas les sucedió lo mismo.

«Quisieron romper una, que opuso resistencia; pero saltó la capa de chocolate que la cubría, recia de un dedo, y vieron dentro una gran bola de oro.

«La misma prueba fueron haciendo con otras bolas y con todas les sucedió igualmente.

«Dióse á Madrid noticia de lo que ocurría, y á pesar de la preocupación que aún reinaba en favor de los jesuitas, no faltó quien quiso verlos abochornados.

«Avisáronles para que se presentasen á reclamar, pero en vano.

«Los sagaces políticos se guardaron bien de reivindicar aquel tan precioso chocolate y prefirieron perderle á consensar que era suyo.

«Protestaron de que en el rótulo puesto en aquellos cajones llenos de oro se había hecho injuria á su pobreza; protestaron de que no sabían lo que aquello significaba, y tan tercos y perseverantes fueron en sus negativas, que el oro fué confiscado en beneficio de la real cámara, cosa que al rey le vino de perilla y hubiera venido de lo mismo á cualquier soberano, pues eran nada menos que ocho cajones grandes llenos de bolas de oro.»

CLXXVIII

Pero ya casi siento haber referido el caso del chocolate por si alguno cree que á miserias semejantes se reducen las calumnias que siempre circularon sobre la Compañía, ó que sólo de tan frívolos antecedentes se compone su dramática historia.

No, lo repito; de todo lo dicho no puede decirse nada que dé una idea aproximada de la siempre famosa Compañía, que sin duda por la malicia del Diablo estuvo siempre en lucha con Papas, pueblos y reyes.

Hagámonos cuenta que nada hemos dicho de ellos y dejemos íntegro este asunto que quizá algún día nos sirva de sacrilego entretenimiento con el lector.

CLXXIX

¡Oh si acerca de los templos sus y huéspedes hubiésemos de decir, aunque sólo fuese en compendio, la milésima parte de lo bueno, necesitaríamos mil volúmenes!

De la piedad que en ellos ha reinado, de sus riquezas, de sus virtudes, de su espíritu evangélico...

Por ejemplo: en la sesión celebrada el 14 de Abril de 1869 en el Parlamento español, rectificaba Emilio Castelar á un canónigo, y decía tales cosas...

¿Las repito?

CLXXX

¿Por qué no? ¿A qué estamos? Sobre el gozo producido en todos los

(Continuará).